

BIENES MOSTRENCOS



SALVADOR RANGEL ABUD

BIENES MOSTRENCOS

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Procopio Bermejo lleva dieciséis años al volante de un Tsuru blanco al que llama "mi carnal", circulando por la Ciudad de México con el taxímetro sumando de a poco y las deudas sumando de a mucho. Una tarde ordinaria en Polanco, una pasajera de vestido verde baja sin pagar ochenta y cinco pesos y sin llevarse su bolso. Dentro: diez billetes de mil dólares con el rostro de Grover Cleveland y un anillo de oro con una esmeralda de cinco quilates de gran pureza. La dueña jamás los reclamará porque esa misma noche muere atropellada en Insurgentes y termina en el SEMEFO como desconocida. Procopio no lo sabe. Solo sabe que nadie aparece a reclamar nada.

Lo que comienza como una postergación —"solo por hoy"— se convierte en la historia de una transformación silenciosa e irreversible. Sin actos dramáticos ni villanos explícitos, Bienes Mostrencos narra cómo la integridad no se pierde en un gesto grande sino en el primero que parece inocente, en el aplazamiento que uno se concede cuando nadie mira. Procopio aprende a moverse en un mundo de coleccionistas, gemólogos y cambistas que también operan en la oscuridad. Y el lector, que sabe desde el Capítulo 2 lo que Procopio jamás sabrá, se convierte en testigo privilegiado e incómodo de una historia donde nadie es del todo inocente y nadie es del todo culpable.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene dilemas morales sin resolución cómoda, mentiras construidas con buena conciencia, una absolución eclesiástica obtenida con información falsa, y la perturbadora sensación de que la diferencia entre lo que hacemos y lo que justificamos es, con frecuencia, solo una cuestión de tiempo. No hay violencia explícita. No hay redención limpia. Hay, en cambio, una Ciudad de México retratada con precisión costumbrista y una pregunta que el lector tendrá que responder por su cuenta: ¿qué habría hecho usted?

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Bienes Mostrencos

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela de suspenso moral / Thriller costumbrista / Narrativa urbana mexicana

Extensión: ~28,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

Ambientación: Ciudad de México

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta aparentemente simple: ¿qué haría una persona honesta si encontrara algo de gran valor que nadie reclama? La respuesta no es simple. Lo que me interesó no fue el dilema abstracto sino su anatomía concreta: cómo se construye la primera justificación, cómo la segunda cuesta menos que la primera, cómo el lenguaje se adapta para protegernos de lo que sabemos. Procopio Bermejo no es un villano. Es alguien que toma decisiones que cualquiera podría tomar, en circunstancias que cualquiera podría enfrentar, con las consecuencias que nadie imagina cuando empieza.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

bienes mostrencos · taxista · Ciudad de México · dilema moral · billetes de colección · Grover Cleveland · esmeralda · novela urbana · suspenso moral · costumbrismo mexicano · integridad · corrupción silenciosa · thriller de ideas · novela en español · transformación interior

TEMAS PRINCIPALES

Bienes Mostrencos no trata sobre dinero sino sobre conciencia — la conciencia como territorio que uno habita y que se va modificando sin

que nadie lo ordene y sin que nadie lo note desde afuera. A lo largo de sus diez capítulos, la novela explora la erosión moral como proceso gradual e imperceptible, la Ciudad de México como escenario de mundos paralelos que raramente se tocan, la familia como espejo involuntario de lo que uno se convierte, el lenguaje de la justificación como mecanismo de supervivencia psicológica, y la pregunta de si la conciencia prescribe o simplemente se acostumbra.

CITAS DESTACADAS

"Todo eso era verdad. Y también era mentira. Procopio lo sabía y no lo sabía al mismo tiempo, que es la condición exacta en que uno toma las decisiones que después no puede desandar."

"La integridad no se pierde en un gesto grande sino en el primero que parece inocente."

"No era el único que había cruzado una línea. Era solo el que todavía estaba vivo para saberlo."

"La conciencia no prescribe. Pero sí se acostumbra."

"Ya no le importaba si lo que encontraba valía millones o valía unos cuantos pesos. Todos eran bienes mostrencos."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en Bienes Mostrencos un territorio narrativo cercano, con el anclaje urbano mexicano y el registro costumbrista que le son propios.

Luis G. Inclán (Astucia): el habla popular de la Ciudad de México, los personajes contruidos desde adentro, el humor involuntario de las situaciones cotidianas que encierran tragedias silenciosas.

Patricia Highsmith (El talentoso señor Ripley): la transformación moral de un protagonista que el lector sigue con fascinación incómoda, sin poder del todo condenarlo ni absolverlo.

Juan Rulfo (El llano en llamas): la economía narrativa aplicada a dilemas morales que no necesitan explicación porque viven en el detalle exacto y en el silencio entre las palabras.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Procopio decide no abrir el bolso en Polanco sino llevárselo a casa. ¿En qué momento exacto toma la primera decisión moral que cambia todo lo que viene después?

Ethelvina responde al enterarse con un "hiciste bien" que desestabiliza a Procopio más que cualquier reproche. ¿Qué dice eso sobre la

complicidad doméstica y el papel de la familia en nuestras decisiones éticas?

El cura de la colonia Narvarte le da a Procopio la absolución que buscaba, sin saber que le mintió sobre el valor de lo que encontró. ¿Es esa absolución válida? ¿Para quién?

Al final, Procopio tira las credenciales de un estudiante sin mirar y se queda con sus ciento cincuenta pesos. ¿Es ese el mismo hombre que dudó la primera noche frente al bolso cerrado?

La novela muestra que Procopio obtuvo 580 mil pesos por bienes que en manos de otros valieron más de 22 millones. ¿Quién es realmente el más honesto en esa cadena?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). Bienes Mostrencos. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. Bienes Mostrencos. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Bienes Mostrencos. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica y —como demuestra esta entrega— la novela de suspenso moral con raíces costumbristas en la tradición literaria mexicana.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay una pregunta que esta novela no responde porque no le corresponde responderla: ¿qué habría hecho usted? No con diez mil dólares y una esmeralda. Con cualquier cosa que haya encontrado alguna vez y que nadie haya reclamado. Con cualquier decisión que haya tomado cuando nadie miraba y que haya justificado después de maneras que en el momento le parecieron razonables.

Procopio Bermejo no es un personaje de ficción especulativa ni un superhéroe moral ni un villano de manual. Es alguien que podría tomar el taxi que usted tomó hoy. Y esa, al final, es la única razón por la que esta historia merece contarse.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	La vida que cabe en un turno
CAPÍTULO 1:	La pasajera sin rostro
CAPÍTULO 2:	El inventario
CAPÍTULO 3:	La bolsa en casa
CAPÍTULO 4:	La mujer imaginada
CAPÍTULO 5:	Ruido exterior
CAPÍTULO 6:	El umbral
CAPÍTULO 7:	El hombre que ya no era
CAPÍTULO 8:	El anillo
CAPÍTULO 9:	Lucidez
CAPÍTULO 10:	Lo que queda
EPÍLOGO:	La conciencia no prescribe

EL PESO DE LA CONCIENCIA

Por: Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La vida que cabe en un turno

Hay hombres que no le piden mucho a la vida. No porque sean conformistas ni porque les falte ambición, sino porque la vida misma se encargó, desde temprano, de enseñarles cuál es su lugar en el mundo y con qué clase de sueños conviene no entretenerse demasiado. Procopio Bermejo era uno de esos hombres, y él lo sabía, y en general no le pesaba saberlo.

Llevaba dieciséis años al volante. No de manera continua ni gloriosa, sino con los tropiezos propios de quien aprende a sostenerse en una ciudad que no le regala nada a nadie. Había trabajado de velador, de cargador en la Central de Abasto, de ayudante en una tlapalería de la Guerrero donde el patrón era más tacaño que el diablo y más desconfiado que un perro con hambre. Pero el taxi le había dado algo que los otros oficios no: cierta ilusión de independencia. Uno manejaba a sus horas, dentro de lo que cabe; uno decidía si paraba a comer o seguía; uno era, en ese espacio de lámina y hule espuma, algo parecido a su propio jefe. Claro que esa ilusión tenía su precio, y el precio se llamaba letra del carro, gasolina, verificación, tenencia, seguro obligatorio y el porcentaje que se quedaba la base. Pero bueno: así es esto, y de algo tiene que vivir uno.

Su carnal era un Tsuru del año que ya no se fabricaba, color blanco hueso con una raspadura en la defensa trasera que nunca terminó de mandar a arreglar porque siempre había algo más urgente en qué gastar. Lo trataba bien, eso sí. Le cambiaba el aceite en tiempo y forma, le hablaba de vez en cuando como quien le habla a un animal doméstico al que se le tiene aprecio: "Ándale, carnal, échale ganas que ya merito."

El carro respondía. No de manera brillante ni con entusiasmo, pero respondía.

Esa tarde-noche, con el turno a punto de cerrar, Procopio circulaba por Insurgentes con la parsimonia de quien ya cumplió con su parte del trato y espera solo que el reloj le dé la razón. Eran casi las nueve. La ciudad había perdido el filo de la hora pico y ahora fluía con esa resignación característica de los miércoles, cuando la gente ya se cansó del lunes y todavía no alcanza a ver el viernes. Las luces de los locales comerciales se reflejaban en el pavimento húmedo —había llovido a media tarde, una de esas lluvias chillonas que mojan sin refrescar— y el tráfico avanzaba en oleadas irregulares, como siempre, como desde que Procopio tenía memoria.

Pensaba en Ethelvina. No de manera romántica ni con la intensidad de los primeros tiempos, sino con esa clase de pensamiento cotidiano que no es exactamente amor pero se le parece mucho: el pensamiento de quien sabe que en su casa hay alguien esperando, que hay que llegar, que hay cosas que resolver. Ethelvina le había dicho esa mañana, antes de que saliera, que el banco había mandado un aviso. No dijo más. No hizo falta. Procopio entendió el tono, que era el tono de los avisos que no traen buenas noticias, y salió a trabajar con ese peso añadido al peso de siempre.

Los hijos dormirían ya, o estarían a punto. Dimas el mayor, tenía doce años y la costumbre de quedarse despierto más de la cuenta con el teléfono; Salomé la chica, de ocho años y dormía como piedra desde las ocho de la noche. Buenas criaturas, los dos. No daban problemas. O daban los problemas normales, que es distinto.

Procopio detuvo el carro en un semáforo de Insurgentes con Sonora y se recargó un momento en el respaldo. Tenía los hombros duros como tabla, la espalda con ese dolor sordo que ya no se iba del todo, y en los ojos esa sequedad particular de quien lleva horas mirando el mismo espectáculo sin que el espectáculo cambie demasiado. Afuera, la ciudad seguía su función de siempre: el puesto de tacos que echaba humo, el muchacho que vendía chicles entre los coches, la señora con las bolsas del mercado que cruzaba aprisa antes de que el semáforo le cambiara.

No era una vida mala. Eso pensaba Procopio en sus momentos más justos consigo mismo. Era una vida estrecha, sí, y a veces cansada, y con más cuentas que dinero para pagarlas. Pero no era mala. Tenía techo, tenía familia, tenía su carnal que todavía jalaba. Había gente con menos, mucha gente, y él lo sabía porque la ciudad se los mostraba todos los días sin cobrarle entrada.

El semáforo cambió a verde. Procopio metió primera, le dio gas con suavidad —el carburador andaba un poco delicado desde la semana pasada— y siguió adelante.

Faltaba poco para terminar el turno. Un viaje más, quizá dos. Lo suficiente para redondear el día y llegar a casa con algo decente en la bolsa, no mucho, pero algo. Eso era lo que Procopio Bermejo le pedía a la vida esa noche de miércoles: un par de carreras más, el tráfico sin sorpresas, y llegar sano y salvo a donde lo esperaban.

No era mucho pedir.

O eso creía él.

CAPÍTULO 1

La pasajera sin rostro

El último viaje del día casi nunca se anuncia como tal. Uno no sabe que es el último hasta que ya pasó, y entonces lo recuerda o no lo recuerda según lo que traiga en la cabeza. Procopio Bermejo llevaba suficientes años en el oficio como para haber aprendido eso y varias cosas más, entre ellas que conviene no encariñarse con la idea de cerrar el turno a una hora fija, porque la ciudad no respeta horarios ajenos y el taxi menos.

Esa tarde había sido de las regulares, que no son las buenas ni las malas sino las que simplemente ocurren y se acaban sin dejar huella particular. Había salido de la base a las siete de la mañana con el tanque lleno y el ánimo en su punto medio, que es el ánimo con el que conviene salir si uno quiere durar todo el día sin que el carácter le juegue una mala pasada. Los primeros viajes habían sido cortos: un señor de traje a la estación del metro Doctores, una muchacha con audífonos que no dijo palabra en todo el trayecto hasta Tepito, un matrimonio de edad con bolsas del mandado que discutió en voz baja durante todo el camino sobre algo que Procopio no alcanzó a entender bien pero que claramente tenía historia larga. Viajes de a cincuenta, de a sesenta pesos. El taxímetro sumando de a poco, como siempre.

A media mañana cayó un viaje al aeropuerto, con ejecutivo y maleta, que además dejó propina sin que se la pidieran. Con ese viaje el turno se puso presentable. No generoso, pero presentable. La tarde, en cambio, volvió a ponerse tacaña. Mucho tiempo circulando con el letrero de libre sin que nadie levantara el brazo, gasolina quemada, el cálculo mental de siempre: recortar por aquí para tapar por allá, con la destreza triste de quien lleva años haciendo malabares con números que nunca terminan de cuadrar del todo.

Fue a eso de las seis cuando recogió al hombre de Tlatelolco.

Era un tipo de unos cincuenta años, fornido, con camisa de cuadros y una bolsa de plástico en cada mano que acomodó en el asiento de atrás con el cuidado de quien carga algo frágil. Apenas cerró la puerta ya estaba hablando.

—A la Guerrero, jefe, por favor. Calle Moctezuma, ¿la conoce?

—Sí, señor.

—Porque hay choferes que no conocen ni su propia colonia, ¿verdad? El otro día pedí un carro por el teléfono y el muchacho me llevó por Reforma dando la vuelta completa, imagínese. Le dije: oiga, ¿no sabe ir por Guerrero directo? Y me dijo que el GPS le marcaba así. ¡El GPS! Como si uno no supiera que esas máquinas a veces están peor que un borracho dando indicaciones.

Procopio no respondió. Torció hacia Reforma y mantuvo los ojos en el tráfico.

—Usted sí conoce, ¿verdad? Se nota que es de los de antes, de los que aprendieron las calles de verdad. Yo llevo cuarenta años viviendo en la Guerrero y conozco cada bache, cada tope, cada cantina. ¿Usted de dónde es, jefe?

—De por aquí —dijo Procopio, sin precisar.

—¿De la Guerrero?

—De por aquí.

El hombre interpretó esa respuesta como una invitación a continuar. Habló del precio de la carne en el mercado, del cuñado que tuvo un accidente en moto la semana pasada y de milagro estaba vivo, del gobierno que no servía para nada y nunca había servido, del hijo mayor que quería irse al norte y él no estaba de acuerdo pero tampoco podía obligarlo, del tope nuevo que pusieron en su colonia sin consultarle a nadie y que quedó mal puesto porque caía justo en una curva.

Procopio respondía cuando era estrictamente necesario: un sí, un ajá, un qué barbaridad pronunciado sin énfasis. Era un arte que había perfeccionado con los años: dar las señales mínimas de participación para que el pasajero quedara satisfecho sin que él tuviera que poner nada de sí mismo. No es que le cayeran mal esos pasajeros. Era simplemente que no los necesitaba. Su cabeza tenía suficiente con lo propio.

—¿Y usted cuántos años lleva de taxista, jefe?

—Dieciséis.

—¡Dieciséis! Eso sí es vocación. Yo no podría, la verdad. Aguantar el tráfico todo el día, la gente con sus cosas, el calor. Usted sí tiene lo suyo, jefe, se lo digo en serio.

—Aquí es, señor. Moctezuma con Magnolia.

El hombre bajó con sus bolsas de plástico, pagó exacto sin propina, y se despidió con un que le vaya bien, jefe pronunciado con genuina calidez. Procopio lo vio alejarse por la banqueta todavía en movimiento, como si la conversación continuara aunque ya no hubiera nadie que la recibiera.

Soltó el aire despacio.

Le hacía eso después de los pasajeros muy habladores: soltaba el aire como quien deja ir algo que cargó más tiempo del necesario. No era molestia exactamente. Era alivio. El alivio de recuperar el silencio que era, para Procopio, la condición natural del trabajo bien hecho.

Lo encontró veinte minutos después en Bucareli. Una mujer joven, tal vez treinta años, mochila al hombro, cara de prisa.

—¿Va a la Condesa?

—Sí, señorita.

Subió sin más preámbulo. Revisó el teléfono un momento, lo guardó, miró por la ventanilla. A la mitad del trayecto preguntó:

—¿Puede ir por Álvaro Obregón?

—Cómo no.

—Es que hay un tráfico horrible en Insurgentes a esta hora.

—Sí, señorita, tiene razón.

Y eso fue todo. Llegaron a la Condesa en silencio, ella pagó con tarjeta, dijo gracias sin voltear del todo y bajó con la mochila golpeándole la cadera.

Ese era el tipo de pasajero que le asentaba. No porque fueran más amables ni más generosos, sino porque respetaban sin saberlo una regla que Procopio consideraba fundamental: cada quien en lo suyo. Ella en su mundo, él en el suyo, la ciudad afuera de los dos. Sin obligaciones de simpatía ni de conversación. Solo el trato limpio de quien necesita ir a algún lado y quien sabe llevarlo.

Pensaba en eso, en la tranquilidad de los silencios útiles, cuando vio el brazo levantado en Balderas.

Frenó, bajó el cristal.

—¿Libre?

—Órale.

Subió una mujer vestida de verde. Procopio no la miró de frente, como no miraba de frente a casi ningún pasajero al momento de subir. Lo suyo era el espejo retrovisor: un vistazo rápido y funcional, suficiente para saber si traía bultos grandes, si venía acompañada, si había algo que requiriera atención. No había nada que requiriera atención. Una figura, un bolso oscuro sostenido en el regazo, nada más. El tipo de pasajera que uno recoge cien veces y no recuerda ninguna.

—A Polanco. Masaryk con Hegel.

—Sí, señora.

Y arrancó.

El trayecto de Balderas a Polanco a esa hora es una negociación permanente con el tráfico, los camiones de carga y los repartidores en bicicleta que aparecen por cualquier lado sin avisar. Procopio lo conocía

de memoria y lo resolvía sin esfuerzo, con ese piloto automático que desarrollan los que llevan años recorriendo las mismas rutas hasta aprenderlas en el cuerpo. Subió por Juárez, torció hacia Reforma, aprovechó un hueco entre un microbús y una camioneta, avanzó lo que el semáforo le permitió. Sus manos hacían el trabajo solas. Su cabeza iba y venía entre el tráfico y la letra del carnal que vencía el viernes.

La pasajera no habló en todo el trayecto.

Procopio no esperaba que lo hiciera y tampoco lo hubiera agradecido especialmente. Había tenido suficiente conversación por esa tarde. Lo que sí notó, en algún momento entre Reforma y la entrada a Polanco, casi sin querer, fue que la mujer miraba por la ventanilla con esa clase de atención fija que en realidad no ve nada, la mirada de quien tiene la cabeza muy lejos de donde está el cuerpo. Pero lo notó como se notan las cosas que no importan: de reojo, sin retenerlo. Cada quien en lo suyo.

Masaryk con Hegel era una esquina tranquila, con los árboles altos de Polanco filtrando lo que quedaba de la luz de la tarde. Detuvo el carnal junto a la banqueta.

—Aquí es, señora.

Hubo un momento breve, casi imperceptible, de inmovilidad en el asiento trasero. Luego el roce de ropa contra el vinilo del asiento, la puerta que se abrió con su quejido habitual y que se cerró de golpe.

Miró el taxímetro. Ochenta y cinco pesos.

Esperó.

Nada.

Golpeó el cristal de la ventanilla trasera con los nudillos, suave pero claro.

—Señora, son ochenta y cinco pesos.

Silencio.

Se volvió hacia el asiento trasero. Vacío. La mujer caminaba ya por la banqueta de Masaryk, de espaldas, sin voltear, perdiéndose con su vestido verde entre la poca gente que transitaba a esa hora con esa naturalidad de quien no ha olvidado nada ni debe nada ni tiene ningún motivo para detenerse. Procopio la siguió con la mirada dos o tres segundos, calculando si valía la pena bajarse a cobrar, y en esos dos o tres segundos la figura había doblado la esquina y desaparecido.

Ochenta y cinco pesos. No era una fortuna, pero tampoco era un regalo que él estuviera en condiciones de hacer. Soltó un suspiro corto y se preparó para arrancar.

Fue entonces cuando lo vio.

En el asiento trasero, contra la portezuela del lado derecho, medio hundido entre el cojín y el respaldo, había un bolso. Oscuro, de piel o de

algo que se le parecía, del tamaño de los que las mujeres usan cuando necesitan cargar más de lo que cabe en una bolsa chica pero menos de lo que cabe en una maleta. Estaba cerrado con un broche metálico. Sin iniciales, sin etiqueta, sin ninguna señal exterior que dijera de quién era o qué guardaba adentro.

Procopio lo miró desde el espejo retrovisor.

El primer impulso fue bajarse y correr a alcanzar a la mujer. Pero ya había doblado la esquina y la banqueta estaba casi vacía y el coche de atrás había tocado el claxon una vez. El segundo impulso fue ir a la delegación más cercana y entregarlo. Eso era lo que correspondía. Eso era lo correcto.

Pero algo lo detuvo. No fue un pensamiento elaborado ni una decisión consciente. Fue algo más primitivo, más rápido que el razonamiento: la certeza de que ese bolso tenía algo adentro que valía. Se notaba en el peso que había tenido cuando la mujer lo cargaba en el regazo, en la manera en que el cuero caía sobre el asiento con una solidez que no tenían los bolsos vacíos. No lo sabía con certeza. Pero lo intuía. Y esa intuición fue suficiente para que su mano no abriera la puerta, para que sus pies no tocaran el pavimento.

Se dijo que lo abriría más tarde, en casa, con calma, para ver qué había adentro y decidir entonces qué hacer. Que no tenía caso abrirlo ahí en plena calle, a la vista de todos, sin saber siquiera qué contenía. Que la decisión correcta se tomaría mejor con tiempo y tranquilidad.

Todo eso era verdad. Y también era mentira. Procopio lo sabía y no lo sabía al mismo tiempo, que es la condición exacta en que uno toma las decisiones que después no puede desandar.

Se incorporó al tráfico de Masaryk con el bolso oscuro en el asiento trasero, reflejado en el espejo retrovisor, ocupando el lugar donde había estado la sombra que subió en Balderas y desapareció en Polanco sin dejar nada excepto eso: un objeto cerrado, una pregunta sin respuesta todavía, y ochenta y cinco pesos que nadie le había pagado y que en ese momento eran lo de menos.

CAPÍTULO 2

El inventario

El camión golpeó a las siete con doce minutos con gran fuerza a la mujer vestida de verde que atravesaba imprudentemente la calle sin haber volteado siquiera para ver si lo podía hacer. Quienes estaban cerca solo vieron volar por los aires a una mujer con vestido verde que cayó pesadamente en el pavimento unos metros más adelante del camión, que no esperó a más y se dio a la fuga con rapidez entre los vehículos que estaban adelante. A nadie le extrañó la actitud del conductor pues

era lo que se acostumbraba hacer en esos casos en el terrible tráfico de la ciudad de México.

Cuando la ambulancia llegó después que alguien la llamó, tuvo un pobre reporte de un testigo que había mirado su reloj justo en ese momento, sin saber todavía por qué lo hacía, como hace uno a veces con los gestos que no tienen explicación hasta que la tienen. La mujer cruzó Insurgentes en diagonal, rápido, sin mirar, con ese andar de quien va pensando en otra cosa y el cuerpo avanza solo. El camión venía por el carril de alta velocidad. El conductor frenó, pero tarde. El golpe fue seco, sin drama previo, como ocurren las cosas que no se anuncian.

Tres personas vieron el impacto desde la banqueta. Una cuarta lo oyó desde el interior de una farmacia y salió corriendo. Para cuando llegaron a la mujer ya estaba en el pavimento, inmóvil, sin nada en las manos, ni cerca de ella, con el cabello revuelto extendido sobre el asfalto húmedo de la tarde.

—Llamen al ERUM —dijo un hombre joven que se arrodilló junto a ella—. Rápido, llamen al ERUM.

—Ya llamé —dijo una señora desde atrás, con el teléfono todavía en la mano—. Ya vienen.

—¿La conoce alguien? ¿Alguien la conoce?

Nadie respondió. Los que estaban cerca se miraron entre sí con esa expresión particular de quien está dispuesto a ayudar pero no sabe cómo, y los que llegaban de más lejos se detenían a mirar sin acercarse del todo, como si hubiera una línea invisible alrededor de la mujer que no todos se sentían con derecho a cruzar.

El camión, dijeron, se siguió por Insurgentes hacia el norte y se perdió entre el tráfico con la facilidad con que se pierden las cosas grandes en una ciudad que tiene demasiadas cosas grandes. Alguien dijo que no había podido ver las placas, pero que eran del estado de México. Una señora recordaba que eran blancas. Un muchacho dijo que el camión era azul, o tal vez gris, que con esa luz era difícil. El policía anotó lo que pudo y no dijo nada más.

—¿Cómo se llama? —le preguntó el joven a la mujer, inclinado sobre ella—. ¿Me escucha? ¿Cómo se llama?

La mujer no respondió. Respiraba con dificultad, eso sí. Pero sus ojos estaban cerrados y su cara no acusaba ninguna expresión, ni de dolor ni de otra cosa, solo esa neutralidad absoluta que tienen los cuerpos cuando la conciencia los ha abandonado temporalmente o para siempre.

La ambulancia del ERUM llegó a las siete y veintidós. Bajaron dos paramédicos con la eficiencia de quien ha repetido los mismos gestos cientos de veces y ya no necesita pensarlos. El que llegó primero se arrodilló, revisó pulso, revisó pupilas, habló con su compañero en el lenguaje técnico y abreviado que usan entre ellos.

—Trauma craneoencefálico probable. Vamos.

—¿Tiene identificación? —preguntó el policía de tránsito.

El paramédico la revisó con rapidez: bolsillos del saco, bolsillos del pantalón. Nada.

—Sin identificación. Sin bolso. Sin nada.

—¿A qué hospital?

—Rubén Leñero, es el más cercano.

La subieron a la camilla con cuidado y la metieron a la ambulancia. Las puertas se cerraron. La sirena arrancó. La gente que se había juntado en la banqueta se quedó mirando cómo el vehículo se abría paso entre el tráfico de Insurgentes, y luego, porque no había más que mirar, empezó a dispersarse con esa lentitud característica de quien acaba de presenciar algo que no sabe cómo procesar pero que tampoco va a cambiar su noche de manera fundamental.

El policía de tránsito se quedó un rato más, levantando el reporte con la información que tenía, que no era mucha. Preguntó a los testigos que quedaban si alguien la conocía, si alguien había visto de dónde venía, si alguien podía decir algo más sobre el camión.

—Cruzó de repente —dijo la señora del teléfono—. Sin fijarse. Así nomás, como si no viera.

—¿Iba corriendo?

—No corriendo, pero rápido. Como apurada. Como si tuviera prisa.

—¿Venía de algún lado en particular? ¿De algún edificio, algún local?

La señora miró hacia la acera de enfrente, pensando.

—No sé. Ya venía caminando cuando la vi. No sé de dónde.

El policía anotó. Cerró su libreta. No había mucho más que hacer en la escena.

En el hospital Rubén Leñero la recibieron como desconocida, que era lo que era hasta nuevo aviso. Le abrieron un expediente con el número de caso y la descripción física: mujer de entre cuarenta y cincuenta años, complexión media, cabello oscuro con algunas canas, sin identificación, sin pertenencias. El médico de urgencias que la atendió era joven, de esos que todavía no han aprendido a desconectarse del todo, y le habló mientras la revisaba aunque sabía perfectamente que ella no podía escucharlo.

—Ya llegó, ya está aquí. La vamos a atender. ¿Me escucha? Si me escucha mueva un dedo.

Ningún dedo se movió.

—Vamos a necesitar una tomografía —le dijo a la enfermera—. Y avisen a neurología.

—¿Tiene familiares?

—No hay identificación. Nada.

La enfermera asintió y salió de la sala, aunque sabía que no le harían ninguna tomografía porque desde el día anterior el equipo estaba fuera de servicio por mantenimiento. El médico se quedó un momento mirando a la mujer, que yacía completamente quieta bajo la luz blanca de urgencias, con una serenidad que no era paz sino ausencia. Luego siguió con lo que tenía que hacer, porque había otros pacientes y la noche en urgencias no espera a que uno termine de pensar.

Murió dos horas y cuarenta minutos después de ingresar, sin haber recuperado el conocimiento, sin haber dicho una sola palabra, sin que nadie en ese hospital supiera su nombre...y sin que le hubieran hecho nada además de canalizarle una vena por parte del personal paramédico del ERUM. Cuando la declararon muerta, el médico firmó el acta. La enfermera llamó al área administrativa. El trámite siguió su curso con la burocracia tranquila y a veces impersonal de las instituciones que procesan demasiadas muertes para permitirse el lujo de detenerse en cada una.

Al día siguiente, cuando nadie la reclamó, el expediente pasó al SEMEFO. Le asignaron un número, la fotografiaron, la registraron en el sistema como No identificada, femenino, aproximadamente 45-50 años. Ahí quedó, en ese limbo burocrático donde van a parar las personas que la ciudad pierde sin explicación ni ceremonia, esperando que alguien llegara a ponerle un nombre.

Nadie llegó.

La bolsa que tal vez, hubiera podido identificarla, estaba en otro lado ya muy lejos en tiempo y distancia.

Procopio llegó a su casa a las diez y cuarto.

Ethelvina estaba en la cocina terminando de recogerla, con el delantal todavía puesto. Lo oyó entrar y asomó la cabeza por la puerta sin decir nada, solo para verificar que era él, y volvió a lo suyo. Ese saludo mínimo era, entre ellos, una forma de cariño que nadie hubiera reconocido como tal desde afuera.

—¿Comiste?

—Un taco por ahí, como a las ocho.

—Hay frijoles si quieres.

—Órale.

Se sentó a la mesa. Ethelvina le puso un plato frente a él: frijoles de olla, dos tortillas recalentadas, un vaso de agua. Comió despacio, con el cansancio de las diez horas encima y el bolso esperando en el carro que le producía ese ruido de fondo que no era exactamente angustia pero tampoco era tranquilidad.

—¿Cómo te fue?

—Regular. El aeropuerto en la mañana salvó el día.

Ethelvina se apoyó en el fregadero con los brazos cruzados.

—Llamó el banco hoy en la tarde. No el aviso por mensaje. Llamaron al teléfono.

—¿Y qué dijeron?

—Que el viernes es el último día. Que si no se liquida lo vencido pasan el expediente a cobranza externa. ¿Tú sabes lo que quisieron decir con eso?

—Sé lo que es. —dijo Procopio— Ellos le “venden” a una empresa la deuda por menos de la cantidad que se debe y la empresa después, la cobra con intereses bien altos. Si tampoco se paga la deuda más los intereses entonces la llevan a juicio y el deudor puede ser embargado y si no tiene para pagar, lo encarcelan.

—Entonces dime que sí tienes cómo.

Procopio dejó la tortilla en el plato y la miró.

—Mañana junto lo que falta. No va a haber problema. Créeme.

—Me dijiste lo mismo el lunes.

—Y mañana lo resuelvo. Te lo digo en serio.

Ethelvina no respondió de inmediato. Recogió el plato cuando él terminó, lo enjuagó en el fregadero y colgó el delantal detrás de la puerta. Antes de salir de la cocina se detuvo.

—Procopio.

—¿Qué.

—¿Estás bien? Llegas raro.

Él la miró desde la silla.

—El cansancio —dijo—. Nada más.

Ethelvina lo observó un segundo más de lo habitual, con esa capacidad que tenía para leer lo que no se decía, y luego siguió hacia el cuarto sin insistir. Procopio escuchó sus pasos alejarse por el pasillo.

Se quedó solo en la cocina.

El bolso estaba en el carro. Ahí lo había dejado al llegar, tapado con su chamarra vieja en el asiento trasero, porque subirlo hubiera sido una decisión y él todavía no estaba listo para tomar ninguna. O eso se dijo. La verdad, que no se formuló en palabras pero estaba ahí, era más simple y menos honrosa: quería abrirlo solo, sin que nadie pudiera verlo, sin testigos.

Ethelvina se acostó poco después de las once. Procopio se quedó en la sala con el televisor encendido con volumen bajo, sin ver nada, esperando que la casa terminara de quedarse quieta. A las once y media se asomó al cuarto de los niños. Dimas dormía boca abajo con un brazo

colgando fuera de la cama. Salomé estaba enrollada en su cobija, inmóvil, sería incluso dormida. Los miró desde la puerta y cerró despacio.

A las doce menos cuarto salió.

Bajó las escaleras, cruzó el estacionamiento. El aire de la madrugada olía a húmedo y a basura de la semana. Abrió su querido “carnal”, sacó el bolso de debajo de la chamarra y lo sostuvo un momento antes de volver a subir. Pesaba más de lo que esperaba.

Se sentó en la mesa de la cocina bajo la luz del extractor, que daba una claridad amarilla y discreta. Puso el bolso frente a él.

El broche metálico cedió con un clic limpio.

Lo primero que vio fue el dinero. No los billetes arrugados de la vida cotidiana, sino un fajo ordenado dentro de una cartera de esas donde se guardan las chequeras y sujeto con una liga. Era un fajo delgado con billetes todos iguales. Los extendió sobre la mesa bajo la luz del extractor. Eran billetes de dólares americanos, de denominación alta, con el retrato de un hombre de cara severa y patillas anchas. Los contó despacio, uno por uno.

Diez billetes. Diez billetes de mil dólares cada uno.

Diez mil dólares. La cifra le dio una vuelta completa en la cabeza. Al tipo de cambio de ese día eran alrededor de ciento setenta mil pesos. Lo que él ganaba en algo más de un año de trabajo. Un año entero. Ahí, en diez rectángulos de papel sobre la mesa de su cocina a medianoche.

Los juntó y los devolvió al bolso. Metió la mano despacio. Un compartimento lateral con cierre de cremallera: vacío. Un bolsillo interior más pequeño: también vacío. Ninguna identificación, ninguna tarjeta, ningún papel con nombre ni número. Ningún hilo del que jalar.

Sus dedos rozaron algo en el fondo, envuelto en algo suave.

El estuche era pequeño, de terciopelo azul marino, con bisagra y un cierre de presión en el frente. Procopio lo tomó entre los dedos y lo abrió.

El anillo estaba sobre una almohada de raso blanco y aunque se veía brillante y pulido, el metal parecía viejo.

Era de oro, eso lo vio de inmediato, con esa tonalidad cálida e inequívoca que tiene el oro bueno y que no se confunde con nada. El aro era ancho, trabajado con un motivo antiguo. Y en el centro, engarzada con cuatro garras finas, había una piedra verde. De un verde profundo y quieto, como agua muy limpia sobre fondo oscuro, con algo adentro que captaba la luz amarilla del extractor y la devolvía transformada.

Procopio no sabía de joyas. Nunca había tenido razones para aprender. Pero sostuvo el anillo bajo la luz y supo, con la certeza de quien no necesita palabras técnicas para reconocer lo que vale, que aquello no

era una baratija. Era algo que pertenecía a un mundo diferente del suyo. Algo con historia, con peso, con un significado que él no podía medir del todo.

Lo devolvió al estuche. Cerró el broche con cuidado.

Se recargó en el respaldo y miró el bolso cerrado frente a él.

Lo correcto era llevarlo a la delegación. Eso lo sabía. Pero la imagen que le vino no era tranquilizadora: un mostrador, un policía de turno, el bolso con sus diez mil dólares metiéndose en un cajón del que probablemente no volvería a salir en la dirección correcta. No tenía pruebas de que eso fuera a pasar. Solo tenía años de vivir en esta ciudad donde sabía por boca de otros que lo que pasaría es que ese dinero y el anillo pasarían a formar parte de las pertenencias de algún miembro de la corporación policíaca de cualquier delegación a la que lo llevara.

Pensó en esperar a que la mujer apareciera a reclamar. Pero no había dejado ningún nombre, ningún papel, ningún rastro dentro del bolso. Era una sombra vestida de verde, porque eso era lo único que recordaba, que había subido en Balderas y doblado una esquina en Polanco, y eso era todo.

Miró el fajo de billetes. Diez mil dólares. La letra del carnal era de cuatro mil quinientos pesos. La mensualidad del INFONAVIT, tres mil ochocientos. Lo que le faltaba para el viernes era menos de ocho mil pesos. Una cifra que en cualquier otra circunstancia le hubiera parecido un muro, y que ahora, frente a lo que tenía sobre la mesa, parecía ridícula de pequeña.

No se lo dijo así de claro. Pero el pensamiento estuvo ahí.

Guardó el bolso debajo del fregadero, detrás de los productos de limpieza, en el hueco donde Ethelvina metía las bolsas de plástico vacías. Un lugar sin importancia, sin ninguna razón para que nadie lo buscara.

Solo por hoy, se dijo. Mañana pensaba mejor.

Se fue a la cama sin hacer ruido, se acostó junto a Ethelvina que dormía de lado dándole la espalda, y cerró los ojos.

El sueño tardó en llegar, pero llegó. Y cuando llegó no trajo el anillo ni los billetes ni la sombra de la mujer en Polanco. Trajo el tráfico de siempre, el carnal que jalaba bien o que no jalaba, el taxímetro sumando de a poco.

Trajo la vida de siempre, que era lo único que Procopio Bermejo había tenido hasta esa noche.

CAPÍTULO 3

La bolsa en casa

Pasaron cuatro días sin que Procopio volviera a abrir el bolso.

No era que no pensara en él. Era precisamente lo contrario: pensaba en él constantemente, con esa clase de atención involuntaria que uno le da a las cosas que no debería tener y que sin embargo están ahí, ocupando un espacio que no les corresponde. El bolso vivía debajo del fregadero, detrás de los productos de limpieza, en el hueco de las bolsas de plástico vacías, y desde ahí operaba sobre Procopio con la eficacia silenciosa de las cosas que no se ven pero se saben. No hacía nada. No decía nada. Solo estaba.

Y eso era suficiente para cambiarlo todo.

El jueves amaneció con el mismo peso de siempre encima: la letra del carnal vencía el viernes y lo que tenía guardado no alcanzaba. Le faltaban poco más de cuatro mil pesos, una cifra que en otros momentos de su vida había parecido salvable con un buen día de trabajo, pero que esa semana, con el tráfico flojo y los viajes cortos, se había vuelto un muro. Desayunó en silencio mientras Ethelvina preparaba las tortas de los niños para la escuela y él miraba el café sin tomarlo, haciendo los cálculos de siempre, recortando por aquí para tapar por allá, sin encontrar la cuadratura.

—¿Ya pensaste qué vas a hacer con lo del banco? —dijo Ethelvina desde la estufa, de espaldas, con ese tono de quien pregunta algo que lleva días sin preguntar porque ha estado esperando que el otro lo saque primero.

—Todavía estoy viendo.

—El viernes es mañana, Procopio.

—Lo sé.

—¿Lo sabes de verdad o lo sabes porque eso dices? Porque a veces cuando dices lo sé es como si no lo supieras.

Procopio dejó la taza en la mesa.

—Lo sé, Ethelvina. Mañana lo resuelvo.

Ella no respondió. Siguió untando las tortas con la misma eficiencia de siempre, pero con un silencio que pesaba más que cualquier cosa que hubiera podido decir. Procopio recogió las llaves del carnal y salió antes de que ese silencio encontrara palabras.

En la base, antes de arrancar el turno, se topó con el Güero Peralta, un compañero con quien de vez en cuando tomaba un café en los tiempos muertos. El Güero era de los que hablaban sin que uno les preguntara, lo cual en otra circunstancia hubiera sido un defecto, pero esa mañana Procopio lo agradecía porque significaba que no tendría que sostener él la conversación.

—¿Qué pasó, Proco? ¿Cómo te fue?

—Ahí, regular.

—A mí también. Esta semana está muerta, no sé qué pasa. La gente ya no toma taxi o qué. —El Güero se recargó en su carro con el café en la mano—. ¿Ya arreglaste lo de la letra?

Procopio lo miró.

—¿Cuál letra?

—La del carro, hombre. La semana pasada me dijiste que andabas corto.

—Ah. Sí, ya casi.

—¿Ya casi o ya?

—Ya casi.

El Güero chasqueó la lengua con esa expresión de quien reconoce una situación que ha vivido él mismo más de una vez.

—Yo le debo todavía tres meses al INFONAVIT —dijo—. Tres meses, Proco. Ya me mandaron dos cartas. Le digo a mi vieja que no se preocupe pero sí me preocupo, ¿cómo no me voy a preocupar? Con lo que gano en esta semana muerta no alcanzo ni para uno.

—Ya va a mejorar.

—Eso dicen. —El Güero tomó un sorbo de café—. Oye, ¿y tú nunca has pensado en pedir prestado? Hay una señora aquí en la colonia que presta, con interés pero presta rápido y sin tantos trámites.

—No —dijo Procopio—. Con préstamos de esos uno acaba peor.

—Sí, tienes razón. Solo digo.

Procopio arrancó el turno pensando en el Güero y sus tres meses del INFONAVIT y en que había gente con menos y gente con más y que todos andaban haciendo los mismos malabares con los mismos números insuficientes, y que eso no cambiaba nada respecto a su situación pero de alguna manera la contextualizaba de un modo que no era exactamente reconfortante pero tampoco era lo contrario.

Esa noche, al llegar a casa, encontró a Ethelvina sentada en la sala con una hoja en la mano que reconoció antes de que ella dijera nada: era el estado de cuenta del banco.

—Cuatro mil trescientos —dijo ella, sin levantar la vista del papel—. Eso es lo que hay que pagar mañana para que no pasen el expediente.

—Ya lo sé.

—¿Y tienes los cuatro mil trescientos?

—Tengo una parte.

—¿Qué parte?

Procopio se sentó frente a ella.

—Tengo dos mil ochocientos del turno de esta semana. Me faltan mil quinientos.

Ethelvina dobló el estado de cuenta con cuidado, como si el papel fuera más frágil de lo que era.

—Yo tengo ochocientos del gasto que me sobró del mes —dijo—. Si los pones con los tuyos llegas a tres mil seiscientos. Todavía te faltan setecientos.

—El turno de mañana en la mañana me los da.

—¿Seguro?

—Si salgo temprano y agarro el aeropuerto, sí.

Ethelvina asintió despacio, guardó el estado de cuenta en el cajón de la mesa de centro y se levantó para ir a la cocina. Antes de salir de la sala se detuvo.

—Procopio.

—¿Qué.

—¿Hay algo más que no me estás diciendo?

Él la miró desde el sillón.

—No, Ethelvina. Es nomás el dinero.

Ella lo observó un segundo, asintió de nuevo, y siguió hacia la cocina. Procopio se quedó sentado en la sala con el televisor apagado y el silencio del departamento encima, pensando que los setecientos pesos que le faltaban los iba a juntar en la mañana si salía temprano y si el aeropuerto cooperaba y si el tráfico no estaba imposible y si no había ningún imprevisto, que era mucho si para una sola mañana.

Y pensando también, aunque no se lo dijera de frente, que debajo del fregadero había ciento setenta mil pesos esperando sin que nadie los reclamara.

El martes por la noche, mientras cenaban los cuatro juntos, Dimas habló de un compañero de la escuela que se había encontrado un billete de doscientos pesos en la calle y no lo había entregado a nadie sino que se lo había gastado en la tienda.

—¿Estuvo bien lo que hizo? —preguntó Dimas, con ese tono de quien hace una pregunta cuya respuesta ya tiene pero quiere oírla de alguien más.

—No —dijo Ethelvina, sin levantar la vista del plato—. Lo correcto era entregarlo.

—¿A quién? Si no sabe de quién es.

—A la tienda más cercana. O a la policía. O dejarlo donde estaba por si el dueño regresa a buscarlo.

—Pero si lo deja ahí lo agarra alguien más.

—Eso ya no es su problema. Su problema es no quedárselo.

Dimas consideró esto un momento.

—Yo creo que depende de cuánto sea —dijo—. Si son dos pesos los dejo. Si son dos mil me los quedo.

—Los principios no dependen de cuánto sea —dijo Ethelvina.

Procopio comió sin decir nada. Sintió que Ethelvina lo miraba un instante desde el otro lado de la mesa, un vistazo breve y sin acusación aparente, pero lo sintió de todas maneras. Tomó un trago de agua y siguió comiendo.

—¿Tú qué harías, papá? —preguntó Dimas.

—Lo que dice tu mamá —respondió Procopio—. Entregarlo.

Dimas asintió, no muy convencido, y cambió el tema. La conversación siguió por otros cauces y nadie volvió al billete de doscientos pesos. Pero la pregunta de su hijo se quedó instalada en Procopio con una precisión que le resultó incómoda el resto de la noche y buena parte del día siguiente.

El jueves por la mañana, antes de salir al turno, Dimas lo encontró en la cocina tomando café y le puso una hoja doblada sobre la mesa.

—Es de la escuela. Para una excursión al museo. Hay que firmar y llevar doscientos pesos el lunes.

Procopio desplegó la hoja, la leyó por encima, la dobló de nuevo.

—¿A qué museo?

—Al de Antropología. Nos van a explicar lo de los aztecas y todo eso.

—¿Quieres ir?

Dimas se encogió de hombros con esa indiferencia estudiada de los doce años que no es indiferencia real sino una manera de no ilusionarse antes de tiempo.

—Pos sí, está bien.

Procopio metió la mano al bolsillo del pantalón, sacó su cartera y contó doscientos pesos sin pensarlo dos veces. Los puso sobre la hoja junto con un bolígrafo.

—Ahí están. Dile a tu mamá que firme.

Dimas miró el dinero un momento, luego a su padre.

—¿Ya? ¿Así nada más?

—¿Qué querías, que te pusiera a hacer la tarea primero?

—No, es que... nada. Gracias, papá.

Agarró el dinero y la hoja y salió antes de que la conversación pudiera complicarse. Procopio se quedó con el café en la mano mirando el lugar donde había estado su hijo. Los doscientos pesos eran de su turno, no del bolso. Eso era importante. No había tomado nada del bolso. Pero la facilidad con que había sacado la cartera, la ausencia del cálculo angustioso de siempre, el no haber dicho espérate a ver cómo me va

esta semana, todo eso venía del bolso de todas maneras, de saber que estaba ahí.

Salomé apareció cuando Procopio ya se estaba levantando para irse.

—Papá. ¿Qué buscas en el fregadero?

Procopio se detuvo.

—¿Cómo?

—Ayer en la noche te vi parado aquí mirando abajo del fregadero. Un buen rato.

—Estaba viendo si había fuga. Me pareció que olía a humedad.

—¿Y sí hay?

—No. Estaba bien.

Salomé lo miró con esa seriedad suya que a veces le resultaba incómoda precisamente porque era demasiado parecida a la suya propia.

—Ah —dijo, y se fue a desayunar sin añadir nada más.

El viernes pagó la letra del carnal, pero lo hizoteniéndose que completar con un préstamo a la señora que le había dicho el güero y que le cobraría el 8% semanal de interés. Con ese préstamo juntó lo que le faltaba y pagó en la sucursal bancaria antes de mediodía. Cuando salió a la banqueta con el comprobante en la mano sintió algo que no era exactamente alivio, pues ahora tenía otra deuda. Se dio cuenta que solo estaba difiriendo sus compromisos, y aumentándolos por supuesto. Sintió sobre su espalda el cansancio particular de quien acaba de cargar algo más pesado aún y que puede llegar a aplastarlo. Eso significaba que el camino se había vuelto más difícil.

Esa noche Ethelvina le preguntó si había arreglado lo del banco.

—Sí —dijo Procopio—. Ya quedó.

Ella no preguntó de dónde ni cómo. Lo miró un momento y luego siguió doblando ropa sobre la cama. Pero más tarde, cuando los niños ya dormían, apagó la televisión y se volvió hacia él.

—Procopio, ¿me quieres decir algo?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sea. Lo que traes.

—No traigo nada, Ethelvina.

—Llevas casi una semana raro. No es el cansancio, porque te conozco el cansancio. Es otra cosa.

—Son las deudas. Ya sabes cómo me pone eso.

—Las deudas las hemos tenido siempre y nunca te habías puesto así. ¿Estás metido en algo?

—No.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro. No estoy metido en nada.

Hubo un silencio largo. Luego Ethelvina dijo, en voz baja, casi para sí misma:

—Entre nosotros siempre nos hemos dicho las cosas. Eso es lo que me ha gustado de nosotros.

Procopio no respondió. Sintió el peso de esas palabras asentarse sobre el pecho con una precisión que ninguna deuda económica había logrado nunca. Las deudas del banco tenían solución, o al menos tenían plazos. Esto no tenía ninguna de esas cosas.

—Duérmete —dijo finalmente—. Ya estoy bien. De verdad.

Cuando estuvo seguro de que Ethelvina dormía, se levantó sin hacer ruido y fue a la cocina. No encendió la luz. Se quedó parado en la oscuridad frente al fregadero, con las manos en los bolsillos del pantalón de pijama, mirando el hueco de abajo sin agacharse, sin abrir nada, sin tocar nada.

El bolso estaba ahí. Lo sabía sin verlo.

Entre nosotros siempre nos hemos dicho las cosas, había dicho Ethelvina. Y era verdad. Eso había sido siempre verdad entre ellos. Hasta hacía cuatro días.

Regresó a la cama, se acostó junto a Ethelvina que dormía de lado dándole la espalda, y cerró los ojos.

Esta vez el sueño no llegó.

CAPÍTULO 4

La mujer imaginada

Procopio había aprendido desde hacía años que el taxi era el mejor lugar del mundo para pensar. No porque fuera tranquilo, que no lo era, sino porque el movimiento y el ruido y el tráfico ocupaban la parte del cerebro que se encarga de distraerse, y dejaban libre la otra parte, la más profunda, la que trabaja sola cuando uno no le está poniendo atención. En esa parte era donde Procopio había resuelto siempre sus problemas más difíciles: el motor del carnal, las cuentas del mes, las conversaciones pendientes con Ethelvina. Era ahí, detrás del volante, donde las cosas encontraban su lugar.

Pero desde hacía una semana esa parte de su cerebro tenía un solo tema y no lo soltaba.

El préstamo con la señora que le había recomendado el Güero era a ocho por ciento semanal, lo que significaba que cada semana que pasara sin pagar crecía la deuda de una manera que Procopio había calculado mentalmente varias veces y que cada vez le daba un número

más incómodo. La primera semana el interés era manejable. La segunda ya no tanto. La tercera empezaba a parecerse al problema original con el banco, solo que sin carta de aviso y sin plazo formal, solo la señora del préstamo que vivía a tres cuadras de su casa y que lo conocía de vista y que sabía dónde vivía y a qué hora salía al turno.

Encima de eso seguían la letra del carnal, la mensualidad del INFONAVIT, el gasto de la casa. La suma total de lo que debía era ahora mayor que antes de que el banco lo amenazara con cobranza externa, lo cual era una paradoja que no tenía gracia pero que era exactamente su situación.

Y debajo del fregadero había ciento setenta mil pesos que no eran suyos.

O que quizá nadie iba a reclamar.

O que quizá ya eran suyos por defecto, por el simple hecho de que no había nadie más que los reclamara.

Esos pensamientos iban y venían sin que Procopio los invitara, mezclándose con el tráfico y los semáforos y las instrucciones de los pasajeros, y él los dejaba pasar sin agarrarse de ninguno, como hojas en el agua. Lo que sí había decidido, en algún momento de esa semana sin poder precisar cuándo exactamente, era que necesitaba información.

No podía tomar ninguna decisión inteligente sin saber dos cosas concretas: cuánto valían en pesos mexicanos diez billetes de mil dólares que lo único que había podido averiguar por sí solo es que ya no circulaban billetes de esa denominación en Estados Unidos porque se lo había preguntado al jefe del sitio de taxis al que pertenecía, así como de refilón, como para no levantar sospechas. Entonces esos que él tenía con la foto de un señor raro, ya no eran billetes de circulación corriente y que por tanto no se podían cambiar en cualquier ventanilla. Tampoco sabía cuánto valía el anillo, que tampoco era una joya que uno pudiera llevar a cualquier joyería de la colonia sin levantar preguntas que no convenía levantar.

El problema era cómo averiguarlo sin revelar nada.

Fue un martes por la tarde cuando subió el primer pasajero útil, aunque útil no era la palabra que Procopio hubiera usado en ese momento porque todavía no sabía que lo sería.

Era un hombre de unos sesenta años, bien vestido sin ser ostentoso, con un portafolios de cuero sobre las rodillas y los modales tranquilos de quien está acostumbrado a que las cosas funcionen como deben. Pidió ir a la colonia Nápoles y durante los primeros minutos no dijo nada, porque atendía una llamada de su celular, donde solo escuchó al principio y en algún momento solo contestó:

—Pues entonces no podemos cambiar esos dólares porque no nos conviene

Dicho esto cortó la llamada y guardó su teléfono en la bolsa, quedándose con la concentración de quien tiene trabajo pendiente. Al oír la respuesta del hombre que llevaba como pasajero, se le ocurrió a Procopio preguntarle de manera casual.

—Oiga, señor, disculpe la pregunta, pero no pude evitar escuchar lo que Usted le dijo a alguien por teléfono. ¿Usted sabe mucho sobre los dólares y cómo cambiarlos?

—Pues sé lo necesario para alguien como yo que me dedico a las finanzas —dijo con simpatía sonriendo un poco — ¿Qué es lo que necesitas saber?

—Es que una tía mía tiene un billete medio raro que creo que ya no se usa allá del otro lado y quería saber cómo podría cambiarse.

—¿Raro... raro de qué forma?

—Es que es un billete de mil dólares y tiene la cara de un señor medio raro le digo, que nunca había visto, y eso que hay veces que a mí me pagan con dólares los turistas, pero son billetes de uno, de cinco y hasta de diez dólares, pero no se parecen a ese que tiene mi tía.

El hombre guardó el teléfono en el bolsillo interior del saco con el gesto pausado de quien decide darle atención a algo.

—¿Dices que el billete es mil dólares?

—Si...de mil.

—¿De mil dólares? —Una pausa—. ¿Con un retrato raro?

—Un señor con patillas. Cara seria.

El hombre sacó su celular y sin decir mayor cosa buscó algo en él y cuando tuvo lo que quiso, simplemente le dijo a Procopio:

—Detente un poco y mira si se parece a este billete de la foto que te mostraré.

Procopio se orilló a la banqueta como si fuera a bajar al pasajero, puso sus direccionales y se volteó un poco para ver la pantalla que le mostrara el amable pasajero que llevaba.

—¡Si...es la misma cara de ese señor! Le dio Usted al clavo.

—Ese señor fue Grover Cleveland —dijo el hombre enseguida—. Los billetes de mil dólares con su efigie dejaron de circular desde hace casi cien años. Ya no se usan como moneda corriente pero tienen buen valor numismático, que es distinto al valor nominal.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que valen más de mil dólares cada uno, dependiendo del estado de conservación. Porque si están en buen estado pueden valer bastante más. Pero no los puede cambiar en ningún banco ni en ninguna casa de cambio normal. Tu tía tiene que ir con un especialista en numismática.

Procopio ya había continuado con el viaje pero procesó esto en silencio durante un par de cuadras.

—¿Y cómo sabe uno si el especialista no le va a ver la cara?

El hombre sonrió levemente.

—Pues muy fácil, que no lleve los billetes físicamente a la primera consulta. Tome fotos buenas, con buena luz, de los dos lados, y llévelas primero. Un especialista serio le puede dar una valoración preliminar con fotos. Si le pide que lleve los originales sin haberle dado ninguna orientación previa, desconfíe.

—¿Y dónde se encuentran esos especialistas?

—Hay casas de subastas de arte y antigüedades que tienen departamentos de numismática. En la Zona Rosa hay un par. También puede buscar en el Correo Mayor, los sábados hay un mercado de coleccionistas donde puede preguntar sin compromiso.

—Gracias señor. Le diré a mi tía lo que Usted me aconseja. Mire aquí es la dirección que me pidió. Nápoles con Insurgentes.

El hombre bajó, pagó sin propina pero con un hasta luego cortés, y desapareció entre la gente de la banqueta. Procopio se quedó un momento quieto antes de arrancar, con la información asentándose despacio en algún lugar donde pudiera encontrarla después.

Fotos primero. Sin llevar nada físico.

Eso lo podía hacer.

Al día siguiente, en un viaje de Tepito hacia el Centro, subió un hombre joven con cara de estudiante y una mochila que apoyó entre sus pies. No pidió hablar, pero cuando Procopio frenó en un semáforo largo el muchacho levantó la vista de su libro y dijo, sin que nadie se lo preguntara:

—Oiga, ¿usted sabe dónde queda el Museo Numismático?

Procopio lo miró por el retrovisor.

—¿El qué?

—El Museo Numismático. Me dijeron que está en el Banco de México, por el Centro. Es que estoy buscando información sobre monedas y billetes antiguos para un trabajo de la universidad. Estudio economía y tengo que hacer un ensayo...

—No sé exactamente dónde es, pero el Banco de México está por Madero.

—Ándele por ahí me dijeron. Quesque tienen una colección muy completa ahí de billetes y monedas de todas las épocas, tanto de aquí de México como de Estados Unidos y otras partes del mundo.

Procopio sintió algo moverse en su interior pero mantuvo la cara igual.

—¿Ah caray, billetes y monedas de esas que valen mucho?

—Pues yo sé que depende del estado en el que estén. Pero sí, son piezas buscadas. Hay gente que paga muy bien por ellas en subastas especializadas. —El muchacho volvió a su libro—.

—Mire joven, aquí entra Usted a Madero caminando y llega al Banco de México. Seguro que ahí está ese museo que dice.

—Ah perfecto. Aquí me bajo entonces, gracias.

Bajó en una esquina del Centro y desapareció entre la gente. Procopio arrancó de nuevo pensando que la ciudad a veces parecía conspirar favorablemente para su causa al darle exactamente la información que estaba buscando, aunque nadie supiera que se la estaba dando.

La mujer de vestido verde seguía apareciendo en su cabeza de vez en cuando, pero ya de otra manera. En los primeros días después de la noche del inventario, Procopio la había imaginado buscando el bolso desesperadamente, haciendo llamadas, preguntando en la base de taxis. Ahora, una semana después, esa imagen había perdido urgencia.

Si hubiera buscado, ya habría aparecido. El silencio no era tranquilizador exactamente, pero era información: nadie había preguntado nada en ningún lado. Procopio lo sabía porque el Güero Peralta, que era el mejor periódico de la base sin proponérselo, no había mencionado nada al respecto, y si alguien hubiera preguntado en la base el Güero lo habría contado antes de que pasara un día.

Eso no resolvía la cuestión moral. Pero sí cambiaba la urgencia práctica. Solo que ahora ya sabía dónde ir a preguntar, sin que le vieran la cara, por los billetes que tenía en su poder y con la confianza de que le darían una respuesta verdadera. Y sabía además donde podría ir a cambiarlos en caso de que “necesitara” hacerlo. Pensó que iría a ese Museo con la foto del billete en su celular para mostrarla a alguien de ese lugar.

Dos días después, en un viaje de la Roma hacia Polanco, subió una mujer de unos cuarenta y tantos años, bien arreglada, vestida de verde y con un bolso de cuero claro sobre el hombro. Procopio la vio por el espejo retrovisor y sintió algo que tardó un segundo en identificar: un sobresalto. No sabía si se parecía a la del vestido verde, porque no la había visto bien, pero le pareció que era del tipo de mujer que él había estado imaginando como dueña del bolso. La edad, la ropa, el bolso. La clase de mujer que podría tener un anillo con piedra verde en un estuche de terciopelo azul marino.

—¿A Masaryk? —preguntó él, sin razón aparente.

La mujer lo miró por el espejo.

—No, a Anatole France. ¿Por qué me preguntó que si iba a Masaryk?

—Perdón. Se me fue —dijo Procopio—. A Anatole France, sí señora.

La mujer no preguntó más. Procopio condujo en silencio el resto del trayecto, incómodo con su propio sobresalto, con la manera en que su cabeza había saltado sin control de esa pasajera a la otra, de lo real a lo

imaginado. Cuando la mujer bajó y él arrancó de nuevo, se dio cuenta de que llevaba días construyendo a la dueña del bolso con retazos de pasajeras: la edad de una, la ropa de otra, el gesto de una tercera. Era una figura hecha de piezas ajenas, un fantasma ensamblado en el asiento trasero de su carnal durante horas de tráfico.

No tenía rostro. Seguía sin tener rostro.

Y cada vez que Procopio intentaba ponerle uno, algo en él se resistía. Como si saber cómo era la cara de esa mujer lo obligara a algo que todavía no estaba listo para asumir.

El jueves recogió a una mujer joven en Insurgentes, cerca de Álvaro Obregón. Subió con prisa, pidió la colonia Del Valle, y durante el trayecto habló por teléfono sin parar con alguien sobre un asunto de herencia que Procopio escuchó sin querer y sin poder evitarlo.

—Es que el problema es el anillo —decía ella al teléfono, con esa mezcla de hartazgo y urgencia de las conversaciones familiares complicadas—. Mi tía dice que vale muchísimo pero nadie sabe cuánto exactamente porque nunca lo tasaron. Y no lo podemos vender sin una tasación oficial... Sí, pero eso es lo que te digo, que una tasación de joyería fina no es como ir a un Monte de Piedad cualquiera... Hay que ir con alguien especializado en piedras preciosas, un gemólogo, le llaman... No, no es lo mismo que un joyero... Un gemólogo tiene certificación para determinar qué piedra es, de qué calidad, de dónde viene... Sí, exacto... y tampoco hay que llevar la joya físicamente a la primera consulta, basta con fotos de buena calidad y ellos te dan una orientación...

Procopio escuchó todo sin mover un músculo de la cara. Cuando la mujer colgó y guardó el teléfono, el resto del trayecto transcurrió en silencio. Ella bajó en Del Valle sin haber dirigido a Procopio más de tres palabras en todo el camino.

Gemólogo.

Esa era la palabra que le faltaba para completar su mapa mental. El anillo debía ser tasado por un gemólogo. Le faltaba averiguar dónde podía encontrar alguien que se dedicara a ese oficio, porque no le parecía que tuviera que ser un joyero de barrio que tasaba alianzas de boda y cadenas de oro.

Un gemólogo debía ser alguien más fino. Alguien con certificación para determinar qué piedra era, de qué calidad, de dónde venía, había dicho la muchacha. Y tampoco había que llevar la joya a la primera consulta. Bastaba con fotos.

Esa noche, ya en casa, después de que Ethelvina y los niños se durmieron, Procopio sacó su teléfono y buscó en silencio: gemólogo Ciudad de México. Apareció una lista de nombres y direcciones que recorrió despacio, leyendo sin hacer ruido, con la pantalla al mínimo de brillo para no despertar a nadie. Había varios en la Zona Rosa, uno en el

Centro Histórico, otro en Polanco. Los precios de consulta no aparecían en ningún lado, lo cual era en sí mismo una información: este no era un servicio que se anunciara como cualquier cosa.

Con sigilo sacó su botín del escondite y tomó fotos tanto de uno de los billetes como del anillo con su celular barato, y volvió a guardarlo en su lugar. Guardó el teléfono también después de apagar la pantalla.

En la oscuridad del cuarto, con Ethelvina respirando de manera acompasada a su lado, Procopio ordenó mentalmente lo que sabía hasta ese momento: los billetes con la cara de ese señor raro que dijo el viejito que era un tal Grover Cleveland valían más de su valor nominal, eran piezas de colección, había que llevar fotos a un especialista en numismática, no los originales. El anillo requería un gemólogo para determinar qué piedra era y cuánto valía, también con fotos primero. Ninguna de las dos gestiones requería revelar de dónde había salido nada. Eran consultas, no transacciones. Preguntas sin nombre, sin historia, sin rastro.

Era un plan. No un plan completo ni un plan honesto, pero era un plan.

Y tener un plan, descubrió Procopio esa noche, era suficiente para que el sueño llegara un poco más rápido que las noches anteriores. No mucho más rápido. Pero algo.

CAPÍTULO 5

Ruido exterior

El viernes por la mañana Procopio se levantó con una determinación que no había sentido en semanas. Tenía las fotos en el teléfono, tenía la dirección del Museo Numismático en el Banco de México y además tenía en forma alternativa la referencia de los locales de Correo Mayor donde estaban los coleccionistas que podrían interesarse en sus billetes después que recibiera la orientación de alguien en el Museo.

Tenía además la dirección de un sitio donde aseguraban que había un gemólogo de reconocido prestigio en la Zona Rosa que había encontrado en su búsqueda nocturna en internet. No iba a hacer nada definitivo. Solo preguntar. Solo tantear el terreno con las fotos, sin llevar nada físico, sin comprometerse con nadie, exactamente como le habían enseñado sin saberlo sus pasajeros de esa semana.

Desayunó rápido, le dijo a Ethelvina que saldría temprano porque los viernes el aeropuerto daba buenos viajes, y bajó al estacionamiento con las llaves del carnal y el teléfono en el bolsillo.

Antes de arrancar revisó las fotos una vez más. Los billetes habían salido bien: la luz del extractor era amarilla pero suficiente, y los detalles del retrato de Grover Cleveland se veían con claridad. Las del anillo eran más difíciles porque la piedra verde captaba la luz de una manera que la cámara del teléfono no terminaba de reproducir fielmente, pero se

distinguía la forma, el engaste, el aro ancho con su motivo antiguo. Tendría que servir.

Arrancó el carnal y tomó hacia el Centro.

Llegó al Banco de México poco antes de las diez. El edificio estaba sobre Madero, imponente y silencioso como corresponde a los lugares donde el dinero tiene historia. Preguntó en la entrada por el lugar donde podría ver billetes y monedas extranjeras antiguas, específicamente billetes de dólares americanos y le informaron que el lugar que buscaba no estaba ahí. Que fuera al llamado Museo del Banco de México que está ubicado en la Av. 5 de Mayo, muy cerca de la calle de Madero.

Le dijeron que una vez en ese lugar debía dirigirse a la sección de la colección numismática, en especial a la sala: "Dinero en el tiempo" que era donde se exhibían piezas internacionales para mostrar la evolución del dinero.

Agradeció la información y cuando estuvo dentro del edificio que le indicaron, volvió a preguntar pero ahora ya más confiado, lo hizo específicamente mencionando dónde podría ver los billetes antiguos de \$1,000 USD que ya no circulaban en ninguna parte con la imagen de un señor llamado Grover Cleveland. Tímidamente le dijo a la persona que lo atendió que era para un trabajo que le habían encargado a su hijo que estudiaba economía en la Universidad.

La persona a la que le preguntó resultó ser una mujer de edad madura que con una sonrisa amable le dijo que seguramente se refería a los billetes de la serie de 1928 o 1934 donde aparecía especialmente Grover Cleveland y que eran piezas icónicas de la alta denominación que se utiliza a menudo para ilustrar la historia de las reservas y las transacciones bancarias del siglo XX.

Lo orientó a dirigirse a la sección de la American Bank Note Company, pues esta empresa estadounidense imprimió los billetes de México durante muchos años, y por ello, el museo tiene una estrecha relación histórica con el diseño de los billetes de EE. UU. de esa época, aunque la mediadora le dijo que lamentaba que no fuera a ser posible ver un billete físicamente pues solo tenían en exhibición fotos en pantallas de alta resolución abiertas al público, pues los billetes físicos de esa denominación y de ese período ya estaban casi extintos. No dejó de informarle que Grover Cleveland fue el presidente 22 y 24 de los Estados Unidos y que esa rareza de haber sido presidente en períodos no consecutivos, lo equiparaba con el actual presidente que tampoco lo era en períodos consecutivos.

Procopio agradeció la información y recorrió las vitrinas despacio, con las manos en los bolsillos, hasta encontrar lo que buscaba: una sección dedicada a billetes de gran denominación de los Estados Unidos. Se acercó a un empleado del museo, un hombre joven con credencial y camisa blanca que ordenaba folletos en un mostrador lateral.

—Disculpe —dijo Procopio—. Tengo una pregunta sobre esos billetes de allá, los de mil dólares que aparecen en la pantalla con la foto del presidente Cleveland.

El empleado se acercó con la disposición amable de quien está acostumbrado a explicar cosas.

—Claro, dígame.

—Es que un familiar mío tiene uno parecido y quiere saber si vale algo todavía.

—¿Tiene una foto?

—Sí señor. —Procopio sacó el teléfono y mostró la imagen del billete de Grover Cleveland.

El empleado lo examinó con atención profesional.

—Está en muy buen estado de conservación. ¿La foto es reciente?

—Sí. La tomé ayer. El billete es de mi tía Clarita y quiere saber cuánto puede valer porque tiene apuros económicos y ese billete se lo dio hace muchos años mi tío que anduvo por Estados Unidos varios años.

El joven escuchó con atención a Procopio y le dijo con amabilidad

—El valor de este billete no es curso normal, solo tiene valor numismático y yo le aconsejaría que fuera con los coleccionistas que acuden a Correo Mayor, porque ahí es dónde podría llegar a venderlo a muy buen precio.

—Y...¿en cuánto lo podría llegar a vender mi tía Clarita?

—Pues en las condiciones en que está podrían ofrecerle entre cincuenta y sesenta mil pesos. ¿Su tía tiene solo un billete?

—No sé bien. Creo que tiene dos o tres.

—Pues su tía tiene una buena suma en las manos, siempre y cuando encuentre un coleccionista que realmente esté interesado.

—Y ustedes no tienen contacto con esos coleccionistas? —se atrevió a preguntarle Procopio.

El empleado asintió despacio sonriendo, con la expresión de quien se ha vuelto cómplice de algo que cambia el peso de la conversación.

—Consulte de mi parte al Sr. Ortega en la casa de cambio Ortega&son en la calle de Correo Mayor. Dígale que lo envía el Lic. Francisco Omaña.

—Gracias Licenciado. Me ayuda Usted un buen con esta información. Se la daré a mi tía y la llevaré a ver al señor ese.

—Dígame que los billetes que tiene su tía son piezas de colección de alto valor que dejaron de circular en los años treinta. Puede comprárselos en unos tres mil dólares cada uno o proponerles una subasta especializada donde puede aparecer el comprador correcto.

Procopio procesó eso sin parpadear. Tres mil dólares por billete. Diez billetes. La cifra mínima era treinta mil dólares. En pesos, a cualquier tipo de cambio que quisiera usar, era una cantidad que no cabía en ninguno de los esquemas mentales con que Procopio había operado toda su vida.

—¿Y será que le interesen al Señor Ortega ese? —preguntó, con una calma que le costó mantener.

—Si quiere deme su teléfono y yo le hablo al Señor Ortega para que le llame a Usted y se pongan de acuerdo para verse. La transacción que su tía espera tiene que ser a través de casas de subastas especializadas, o con coleccionistas privados de confianza. No es una transacción que se haga en un día ni sin intermediarios serios ¿De dónde los tiene su familiar, si me permite preguntarle?

—De su esposo que murió y se los dejó —dijo Procopio—. Gracias, me ha sido de mucho ayuda. Y no se preocupe por llamar a ese Señor. Yo lo buscaré con mi tía un día de estos.

—Como Usted guste. Estoy para servirle.

Se guardó su teléfono, asintió con la cabeza y se alejó del mostrador antes de que el empleado pudiera añadir algo más. Salió del lugar a la luz de la mañana con las piernas funcionando solas y la cabeza trabajando a una velocidad que no reconocía como suya.

Treinta mil dólares como mínimo. Medio millón de pesos. O más.

Caminó sin rumbo fijo durante unos minutos, dejando que la cifra se asentara. Luego sacó el teléfono, buscó la dirección del gemólogo en la Zona Rosa y pidió un Uber que lo llevara allá, porque esa mañana no quería manejar.

Ese día no encontró al gemólogo.

Cuando regresó a la base a mediodía para empezar el turno formal de la tarde, el Güero Peralta lo interceptó antes de que pudiera llegar al carnal.

—Oye, Proco, ¿tienes un momento?

Algo en el tono del Güero, que era un hombre que raramente bajaba la voz, hizo que Procopio se detuviera.

—¿Qué pasó?

El Güero miró hacia los lados con una discreción que no era natural en él.

—Esta mañana vino un cuate preguntando cosas.

—¿Qué cuate?

—No lo conozco. No es de aquí. Vino como a las diez, cuando tú ya no estabas, y preguntó por el encargado. Habló con el Chato un rato y luego se fue.

—¿Y qué preguntó?

—El Chato me dijo que preguntó si alguien había reportado haber encontrado algo olvidado en un taxi. Una bolsa, dijo. Con cosas de valor. Procopio no dijo nada. Miró al Güero con una expresión que esperaba que fuera neutral.

—¿Y el Chato qué le dijo?

—Que no sabía nada. Que si quería podía dejar sus datos por si alguien reportaba algo. El cuate dijo que no, que él volvería a preguntar, y se fue. —El Güero hizo una pausa—. ¿Tú sabes algo, Proco?

—¿Yo? No.

—Es que me pareció raro que justo hoy que no estabas tú...

—Güero, yo no sé nada de ninguna bolsa. ¿Cómo era el cuate?

—Alto, moreno, como de cuarenta. Traía ropa normal, no era policía ni nada así. Pero tampoco era cualquier persona. Tenía ese aire de los que están buscando algo en serio.

—Ya se irá —dijo Procopio—. Si no encontró nada, no va a volver.

El Güero asintió, aunque no parecía del todo convencido, y se alejó hacia su carro. Procopio se quedó parado en la base con el sol de mediodía encima y el plan del sábado por la mañana deshecho de golpe, como un castillo de naipes al que alguien le ha soplado sin avisar.

El hombre no era policía. Eso era lo primero que había dicho el Güero. Tampoco dejó sus datos. Eso era lo segundo. La policía dejaba datos, hacía reportes, seguía protocolos. Este hombre no había hecho nada de eso. Había preguntado, no había encontrado nada, y se había ido prometiendo volver.

Eso podía significar muchas cosas. Podía ser alguien contratado para buscar el bolso. Podía ser alguien que actuaba por cuenta propia, quizá un familiar de la dueña. Podía ser alguien que no tenía ninguna relación con el bolso y que estaba buscando otra cosa completamente distinta. O podía ser que el Chato hubiera entendido mal la conversación y que todo fuera una confusión.

Procopio no sabía cuál de esas posibilidades era la correcta. Y esa incertidumbre era exactamente el problema, porque sin saber a qué se enfrentaba no podía saber qué hacer. Devolver el bolso era ahora más complicado que antes, porque si ese hombre tenía algo que ver con él y Procopio aparecía con el dinero y el anillo podría quedar implicado en algo que aún no terminaba de entender. Quedarse con él tampoco era una opción tranquila, porque el hombre había prometido volver.

Arrancó el turno sin haber comido, con el apetito completamente perdido, haciendo viajes mecánicos por una ciudad que esa tarde le pareció más grande y más hostil que de costumbre. Llevaba pasajeros de un lado a otro con el automatismo de siempre pero sin la distancia

habitual: cada persona que subía al carnal la examinaba de reojo con una atención nueva, midiendo si podía ser alguien enviado a buscarlo, lo cual era absurdo y lo sabía, pero la cabeza no siempre obedece lo que uno sabe.

Una señora mayor que pidió ir al mercado de Medellín. Un muchacho con casco de obra que iba a Tacuba. Una pareja de turistas que hablaban en un idioma que no era inglés ni francés y que le mostraron la dirección de un hotel en el teléfono. Ninguno de ellos tenía nada que ver con ningún bolso ni con ninguna mujer vestida de verde ni con ningún hombre alto y moreno de cuarenta años que prometía volver. Pero Procopio los miraba de todas maneras, con esa paranoia nueva que no había pedido y que no sabía todavía cómo deshacerse de ella.

Al día siguiente no quiso ir a buscar al gemólogo. Se dijo para sí mismo que esperaría un poco para ver que se traía el sujeto que llegó a preguntar a la base.

El lunes por la tarde, en la base, recogió a un pasajero que pidió ir a Tlalpan y que durante el trayecto habló por teléfono sobre un negocio de importación que había tenido un problema con una aduana. Procopio escuchó sin interés hasta que el hombre dijo una frase que lo hizo estar atento de nuevo:

—El problema con estas cosas es que cuando uno no sabe si hay peligro o no, lo más caro es no hacer nada. “Quedarse quieto también tiene un costo”.

El hombre colgó sin haber notado que su taxista había dejado de respirar normalmente durante tres segundos.

“Quedarse quieto también tiene un costo”.

El hombre de la base podía ser cualquier cosa. Pero el tiempo que pasara sin moverse era tiempo que el préstamo de la señora seguía creciendo al ocho por ciento semanal, tiempo que sus deudas ordinarias seguían acumulándose, tiempo que el bolso seguía debajo del fregadero sin producir nada más que angustia.

“Quedarse quieto también tiene un costo”.

Esa frase se quedó con él el resto de la tarde y buena parte de la noche. El hombre de la base podía ser cualquier cosa. Pero el tiempo que pasara sin moverse era tiempo que el préstamo de la señora seguía creciendo al ocho por ciento semanal, tiempo que sus deudas ordinarias seguían acumulándose, tiempo que el bolso seguía debajo del fregadero sin producir nada más que angustia y noches sin sueño y mentiras a Ethelvina que se iban apilando una sobre otra como deudas también, aunque esas no tuvieran tasa de interés en pesos.

Pensó en el señor del Correo Mayor y su estimación fría y sin drama: Cuando menos treinta mil dólares por los diez billetes, dependiendo del comprador. En pesos, con el tipo de cambio de ese día, era una cantidad

que podía cambiar su vida de una manera que ninguna cantidad de turnos en el carnal iba a cambiar jamás. Eso era un hecho. No un deseo, no una fantasía: un hecho aritmético simple que no necesitaba justificación moral para existir.

Pero también existía el hombre alto y moreno de cuarenta años que había prometido volver. Entonces Procopio tomó una decisión: esperaría una semana más. Si en esa semana el hombre de la base no volvía y no pasaba nada más, iría al gemólogo con las fotos del anillo. Solo a preguntar. Solo a saber cuánto valía lo que tenía.

Una semana. Eso era razonable. Eso era prudente. Eso era lo que un hombre cuerdo haría en su lugar. O eso se dijo, de pie en la oscuridad.

CAPÍTULO 6

El umbral

Al fin se decidió y fue a la Zona Rosa a buscar al gemólogo. Se llamaba Aurelio Pedraza y tenía su local en el segundo piso de un edificio sin letrero visible desde la calle, con solo un número de departamento en el directorio del vestíbulo y una escalera angosta que olía a madera vieja. Procopio lo encontró una semana después de que el hombre alto y moreno de cuarenta años desapareciera de la base sin haber vuelto. La semana de espera que se había prometido a sí mismo había pasado sin novedad, y esa ausencia de novedades era lo más parecido a una señal verde que Procopio podía esperar en su situación.

Antes de subir al local del gemólogo, se quedó parado en la banqueta unos minutos, mirando el directorio del vestíbulo sin necesidad de leerlo, calibrando si seguía adelante o si daba media vuelta y se decía que no era el momento todavía. Había postergado esa visita más de una semana, primero por el hombre de la base, luego porque el turno no daba tiempo, luego porque no era prudente, luego porque mejor mañana. Cada aplazamiento había tenido su razón y todas las razones habían sido reales y también habían sido pretextos, que es lo que son la mayoría de las razones cuando uno quiere hacer algo, pero tampoco quiere reconocer que, en el fondo, no quiere hacerlo.

Subió.

Llegó al sitio del gemólogo un miércoles por la mañana, antes del turno, con el teléfono en el bolsillo y la historia de la tía Clarita bien ensayada. La sala de espera era pequeña y tenía vitrinas con muestras de piedras que Procopio miró sin entender nada mientras esperaba su turno. Un hombre salió del interior del privado, le sonrió sin mirarlo y se fue. Procopio entró.

El señor Pedraza era un hombre de sesenta y tantos años, con lentes de aumento en la nariz y una lupa de joyero sobre la mesa junto a varios instrumentos que Procopio no supo identificar. Lo miró con la atención

profesional y sin juzgar de quien ha visto a todo tipo de personas llegar con todo tipo de historias.

—Buenas días. ¿En qué le puedo servir?

—Buenos días. Me recomendó venir a verlo una amiga, porque tengo dudas del valor que puede tener una joya que tiene una tía mía que le regaló su difunto marido. Según me dice se la compró allá del otro lado.

—¿Trajo la pieza?

—No, señor. Me dijeron que con fotos puede darme una idea antes de traerla físicamente.

—Así es, aunque la valoración definitiva requiere la pieza en mano. A ver, muéstreme.

Procopio sacó el teléfono y le mostró las fotos del anillo: el aro ancho de oro, el engarce de cuatro garras, la piedra verde captada bajo la luz del extractor de su cocina con toda la fidelidad que la cámara de su teléfono había podido reproducir.

El señor Pedraza tomó el teléfono con cuidado, se puso los lentes de aumento y lo examinó en silencio durante un tiempo que a Procopio le pareció muy largo. Lo giró, lo acercó, lo alejó. Luego lo dejó sobre la mesa y miró a Procopio con una expresión que era difícil de leer.

—¿Sabe qué tipo de piedra es?

—No, señor. Por eso vengo.

—Por la foto, y aclaro que una foto tiene sus limitaciones, parece una esmeralda. Y si es lo que parece, es una pieza de una rareza considerable. ¿Sabe el peso de la piedra?

—No, señor.

—¿Tiene idea del tamaño, de los quilates?

—No tengo idea, la verdad. Es grande, eso sí. Como... —Procopio juntó el pulgar y el índice dejando un espacio entre ellos— así de grande.

El señor Pedraza asintió despacio.

—Si la imagen es fiel, y si se trata de lo que parece, estamos hablando de una piedra de entre cuatro y seis quilates. Una esmeralda de esa dimensión y de esa apariencia de pureza, en el mercado actual, puede valer entre cincuenta mil y ciento cincuenta mil dólares. O más, si tiene certificación de origen y la piedra resulta ser colombiana.

Procopio no dijo nada durante varios segundos.

—¿Cuánto dijo?

—Entre cincuenta mil y ciento cincuenta mil dólares. Solo la piedra. El aro de oro añade valor adicional dependiendo del peso y la ley del metal, pero es marginal frente al valor de la esmeralda si es lo que parece ser.

—¿Y cómo sabe si es lo que parece ser?

—Con la pieza en mano puedo determinarlo con certeza. Necesitaría examinarla con mis instrumentos, hacerle algunas pruebas. No es un proceso largo, pero sí requiere la pieza física. —Hizo una pausa—. ¿Su tía tiene documentación de la joya? ¿Algún certificado de origen, una factura de compra, algo?

—No sé. Tendría que preguntarle...¿pero eso cambia el valor?

—Mucho...le recomendaría que lo hiciera. Una esmeralda de esa calidad con certificación puede valer el doble que sin ella en una subasta especializada. —El señor Pedraza se recostó en su silla—. Creo que eso es lo primero que tiene que hacer... señor...

—Anaya... Gonzalo Anaya... —dijo Procopio, mintiendo descaradamente—. Gracias, señor. Me ha dado mucha información.

—Cuando quiera traer la pieza, llame primero para hacer cita. Y dígle a su tía que no la mueva mucho ni la exponga a golpes. Una piedra así merece cuidado. Y que busque el certificado de origen si es que su marido se lo regaló con la piedra, que no suele suceder cuando los regalos quieren ser una sorpresa eh? —dijo el gemólogo sonriendo.

Procopio guardó el teléfono, se despidió con un apretón de manos y bajó las escaleras angostas del edificio de la Zona Rosa. En el vestíbulo se detuvo un momento antes de salir a la calle, con la mano en la manija de la puerta y la cabeza procesando lo que acababa de escuchar. Había entrado a ese consultorio con una duda y salía con una certeza, y las certezas, descubrió en ese instante, podían ser mucho más pesadas que las dudas. Las dudas dejaban espacio para el movimiento. Las certezas no.

Entre cincuenta mil y ciento cincuenta mil dólares. Solo la piedra.

Caminó varias cuerdas sin rumbo antes de darse cuenta de que no sabía hacia dónde iba. Se detuvo en una banqueta, sacó el teléfono y calculó. Al tipo de cambio de ese día, ciento cincuenta mil dólares eran alrededor de dos millones setecientos mil pesos. Cincuenta mil dólares eran novecientos mil pesos. Y eso era solo el anillo, sin contar los treinta mil dólares mínimos que valían los billetes de Grover Cleveland.

En total, el bolso que vivía debajo de su fregadero podía valer entre un millón y tres millones de pesos mexicanos. O más.

Guardó el teléfono. Siguió caminando.

Esa misma semana convergieron todas las presiones que Procopio llevaba semanas manteniendo a raya con la precaria ingeniería de quien tapa fugas con los dedos.

El martes, Ethelvina le dijo que el banco había llamado de nuevo. No por la letra que ya estaba al corriente, sino por la mensualidad del INFONAVIT que llevaba dos meses sin pagarse porque con el préstamo de la señora y los demás gastos no había alcanzado. El tono del banco,

dijo Ethelvina, había sido diferente al de otras veces. Más frío. Más formal.

—¿Cuánto es? —preguntó Procopio.

—Siete mil seiscientos. Los dos meses juntos con el recargo.

Procopio asintió sin decir nada más.

El miércoles, Dimas llegó de la escuela con una carta que puso sobre la mesa con la misma expresión de siempre, la de quien cumple un trámite sin muchas esperanzas.

—Es del director —dijo—. Dice que si no pago la cuota de cooperación de este mes me pueden dejar sin derecho a exámenes.

—¿Cuánto es la cuota?

—Ochocientos pesos.

Procopio dobló la carta y la dejó sobre la mesa sin responder.

El jueves por la noche apareció la gotera.

Empezó como una mancha de humedad en el techo del cuarto de los niños, cerca de la esquina que colindaba con el baño del piso de arriba. Salomé la descubrió antes de dormir y fue a avisarle a su madre con la misma seriedad con que avisaba todo. Ethelvina puso un recipiente debajo, miró el techo un momento, y luego miró a Procopio.

No dijo nada. No necesitaba decir nada.

Ese jueves por la noche, cuando la casa quedó en silencio, Procopio se quedó sentado en la sala con la televisión apagada y la lista mental de todo lo que se había acumulado esa semana. El INFONAVIT: siete mil seiscientos pesos. La cuota de la escuela de Dimas: ochocientos. La gotera: sin presupuesto todavía pero con la certeza de que arreglarla no iba a ser gratis. El préstamo de la señora del barrio, que seguía creciendo a su ocho por ciento semanal sin que nadie lo detuviera. Y encima de todo eso la letra ordinaria del carnal, la mensualidad del gas, el gasto de la semana.

Hizo la suma. La hizo dos veces para estar seguro. El resultado era el mismo: lo que debía en ese momento superaba lo que podía juntar en un mes de trabajo ordinario, incluso si el turno cooperaba todos los días, incluso si no había ningún imprevisto, incluso si la ciudad decidía portarse bien por una vez. No había manera de cuadrar esos números con los números que él manejaba. Nunca la había habido, pero ahora la distancia entre los dos lados de la ecuación era mayor que nunca.

Se levantó y fue a la cocina. Encendió la luz del extractor, la misma luz amarilla y discreta de la primera noche, y se sentó en la misma silla de siempre. Estuvo así un momento, con las manos sobre la mesa, mirando el hueco debajo del fregadero sin moverse todavía.

No había prisa. No había nadie mirando. La ciudad afuera seguía su turno de madrugada con sus propios asuntos y sus propios silencios,

ajena por completo a lo que ocurría en esa cocina pequeña de una colonia popular donde un hombre estaba a punto de cruzar una línea que llevaba semanas bordeando.

Sacó el bolso de debajo del fregadero y lo puso sobre la mesa. Lo abrió. Sacó la cartera con los billetes. Los contó, como había hecho la primera noche, uno por uno, poniéndolos en fila sobre la superficie de la mesa.

Diez billetes. Diez billetes de mil dólares cada uno. Treinta mil dólares como mínimo si los vendía a través del señor Ortega que le había recomendado el Licenciado Omaña. Mucho más si encontraba el comprador correcto.

Y el anillo en su estuche de terciopelo azul marino, que podía valer entre cincuenta mil y ciento cincuenta mil dólares más.

Procopio tomó uno de los billetes. Lo sostuvo bajo la luz amarilla del extractor durante un tiempo que no midió. Era un rectángulo de papel impreso con una precisión que él podía apreciar sin entender del todo, con el rostro severo de Grover Cleveland mirándolo desde el centro con la indiferencia de los que llevan mucho tiempo muertos.

No había testigos. No había nadie mirando. Solo él y el billete y el silencio de la madrugada y el recipiente con agua de la gotera del cuarto de los niños goteando con su ritmo paciente al fondo de la casa.

Dobló el billete. Lo metió en el bolsillo de la pijama.

Sintió algo que no supo describir con exactitud. No era alivio. No era culpa todavía, o no exactamente. Era algo intermedio, algo sin nombre preciso, como la sensación que debe de tener un hueso al quebrarse: un instante de claridad absoluta sobre algo que ya no tiene remedio.

Volvió a contar los billetes que quedaban. Nueve. Devolvió el fajo a la cartera, la cartera al bolso, el bolso debajo del fregadero detrás de los productos de limpieza. Apagó la luz del extractor.

En la oscuridad de la cocina, con el goteo del cuarto de los niños marcando el silencio, Procopio se quedó sentado un momento más.

Mañana pagaría el INFONAVIT. La cuota de la escuela de Dimas. Llamaría a alguien para que viera la gotera antes de que se hiciera más grande. Y todavía quedarían nueve billetes y el anillo debajo del fregadero, esperando con la paciencia de las cosas que no tienen prisa porque saben que uno va a volver a ellas de todas maneras.

Se levantó, apagó la luz y se fue a la cama.

Esta vez el sueño llegó rápido. Eso también era nuevo.

CAPÍTULO 7

El hombre que ya no era

El primer billete que Procopio sacó del bolso esa noche de la gotera no era dinero todavía. Era un rectángulo de papel que valía mucho en el mundo de los coleccionistas y nada en la tienda de la esquina, en el banco, en ningún lugar donde la vida cotidiana se pagara. Para convertirlo en pesos mexicanos con los que pagar el INFONAVIT y la gotera y la cuota de Dimas, Procopio necesitaba al señor Ortega de Correo Mayor. Y llegar al señor Ortega, descubrió, era más complicado de lo que había imaginado.

Fue al día siguiente con ese primer billete que se decidió a intentar cambiar su vida. Dejó el carnal en la base, tomó el metro hasta el Centro y caminó hasta Correo Mayor con el billete doblado en el bolsillo interior de la chamarra, cerca del pecho, donde lo sentía como si tuviera temperatura propia.

Encontró la casa de cambio Ortega&son sin dificultad: era un local pequeño con vitrina de vidrio, una caja registradora antigua y un letrero que anunciaba compraventa de divisas y de ejemplares de numismática.

Adentro había un mostrador de madera oscura y detrás del mostrador un hombre de unos setenta años, bajito, con lentes bifocales y un chaleco gris, que lo miró entrar con la expresión de quien lleva décadas leyendo a la gente que cruza esa puerta antes de que abran la boca.

—Buenos días —dijo Procopio.

—Buenos días. ¿En qué le sirvo?

—Me mandó el Licenciado Omaña. Del Museo del Banco de México.

El señor Ortega asintió levemente, sin sorpresa y sin entusiasmo.

—¿Qué tiene que ofrecerme?

Procopio sacó su celular y buscó la foto del billete y cuando lo tuvo en pantalla se lo postró al hombrecillo, quien se ajustó los lentes mirando detenidamente el billete durante un tiempo que a Procopio le pareció deliberadamente largo, como si el hombre supiera que la espera ponía nervioso al que esperaba y quisiera medir exactamente cuánto.

—Serie del treinta y cuatro —dijo finalmente, sin levantar la vista—. Conservación aparentemente buena, no excelente. Hay un doblez aquí en la esquina inferior derecha. ¿La puede ver?

—Sí.

—Eso baja el valor. ¿Cuántos de estos tiene?

—Uno —dijo Procopio.

El señor Ortega lo miró por encima de los lentes con una expresión que no era exactamente incredulidad pero se le acercaba.

—¿Solo uno?

—Es que el billete es de mi tía que fue la que me pidió ver cuanto podría valer. La verdad no sé si tenga ella más porque no me dijo. Al parecer se

lo dio su marido cuando estaba del otro lado trabajando. Pero le voy a preguntar si tiene más.

Procopio se quedó callado un momento mientras el hombre le dijo:

—Necesito verlo físicamente para valorar el estado real y entonces le podré decir cuanto vale.

El señor Ortega volvió a la foto del billete.

—Porque así en foto solo le podría dar una cifra muy aproximada.

—Y solo con la foto ¿cuánto cree que vale el billete?

—Yo le podría dar treinta mil pesos por ese.

Procopio hizo el cálculo rápido. Al tipo de cambio del día, treinta mil pesos eran algo menos de dos mil dólares. El Licenciado Omaña le había dicho que cada billete podía valer entre tres y cinco mil dólares en el mercado correcto. El señor Ortega le estaba ofreciendo menos de la mitad del mínimo.

—Me dijeron que podía valer más —dijo Procopio, con una calma que le costó mantener.

—¿Quién le dijo?

—El Licenciado Omaña.

—El Licenciado Omaña le habrá dicho el valor de mercado en una subasta con el comprador correcto y el tiempo necesario. Eso no es lo mismo que lo que yo le puedo dar hoy, en efectivo, sin preguntas. —El señor Ortega dejó el billete sobre el mostrador y lo miró a los ojos—. ¿O prefiere irse a buscar una subasta?

Procopio entendió el mensaje sin necesidad de que lo repitiera. Una subasta requería tiempo, identificación, documentación de origen, todo lo que él no tenía y no podía tener. El señor Ortega lo sabía. Procopio sabía que el señor Ortega lo sabía. Y el señor Ortega sabía que Procopio sabía que él lo sabía. Era un entendimiento silencioso entre dos hombres que estaban negociando en un territorio donde las preguntas directas no se hacían.

Sacó el billete de su bolsa y mirando a los ojos al sujeto le dijo con gran seguridad.

—Si me da el doble ahorita se lo dejo —dijo Procopio.

El señor Ortega recogió el billete y lo examinó con una lupa ahora con más detenimiento. Lo miró por los dos lados, a contraluz, incluso lo olió y con voz neutral volvió a decir:

—El doble no... le puedo dar cuarenta mil... y eso porque si está bien conservado.

Procopio tomó nuevamente el billete y haciendo el movimiento para guardárselo nuevamente en la bolsa negó con la cabeza.

—No...le diré a mi tía lo que usted ofrece y ya que ella decida porque tal vez quiera escuchar otra oferta o chance y si quiera que sea subastado. Ya decidirá ella lo que considere que es mejor.

Ortega lo miró fijamente y se quedó pensando unos segundos antes de decir nuevamente.

—Dígale a su tía que yo no puedo darle más de cincuenta mil pesos, que sería mi última oferta, pero que si tiene documentación que avale la pieza y que estipule el valor numismático entonces volveremos a hablar...y dígame también que soy su mejor oportunidad, porque otros compañeros le ofrecerían menos de lo que yo le digo.

Procopio volvió a sacarlo y le dijo con una parsimonia que hasta a él mismo le pareció sorprendente.

—Pues por lo pronto creo que voy a aceptar su oferta. Deme los cincuenta mil pesos y si ella está conforme ya le traerá los otros que tiene...digo...si es que tiene más.

El hombre sonrió por lo bajo sabiendo que la entrevista había transcurrido por los caminos que él mismo había construido y con actitud socarrona tomó nuevamente el billete y lo guardó debajo del mostrador con un gesto que Procopio interpretó como definitivo.

—Cincuenta mil pesos. Correcto. Y dígame a “su tía” que no se los doy porque tenga que hacerlo, sino porque el Licenciado Omaña es persona de mi estima y no quiero que piense que no trato bien a los clientes que me manda.

Procopio pensó durante tres segundos.

—Trato hecho.

El señor Ortega abrió la caja registradora, contó billetes mexicanos con la destreza automática de quien ha hecho eso miles de veces, y los puso sobre el mostrador en un fajo ordenado. Cincuenta mil pesos. Procopio los recogió sin contarlos delante del señor Ortega, porque contar el dinero frente a quien te lo acaba de dar es un gesto de desconfianza que en ese local, intuyó, no sería bien recibido.

—Y ya sabe...si tiene más —dijo el señor Ortega, ya sin mirarlo, arreglando algo en su cajón—, ya sabe dónde encontrarme. Pero si es así, le recomiendo que me traiga de uno en uno. No de golpe porque puede causar mala impresión saber que andan circulando billetes como estos cuando hace poco acaba de haber una pérdida en una casa de subastas, que aunque no era muy legal que digamos, se perdieron 10 de estos billetes.

A Procopio se le encogió el corazón y con voz que hizo un esfuerzo para que no sonara sospechosa, solo preguntó

—¿Dónde pasó eso que me dice? No se ha sabido nada.

—Claro que no. Estos billetes se mueven todos en la obscuridad no en los bancos normales. Por su valor numismático, no por su valor comercial.

—Y ¿por qué me dice que darían mala impresión muchos juntos?... ¿acaso me quiere insinuar algo?

El hombre sonrió y mirando fijamente a Procopio solo dijo:

—Mire joven. Yo no soy quien para sospechar de Usted ni de nadie porque este es mi negocio. Pero yo no podré venderlos a algún coleccionista hasta que pase un tiempo para que todo se haga en forma orgánica y no sospechosa para nadie. Por eso le digo que se los podría comprar poco a poco, pues para mi va a ser una inversión que no podré recuperar pronto.

Procopio asintió mustiamente con la cabeza mientras el hombre continuaba hablando

—Porque diez billetes de Grover Cleveland apareciendo juntos en el mercado llaman la atención. De uno en uno, con tiempo, nadie pregunta nada.

Procopio pensó en lo que el hombre le estaba diciendo. Él no le había dicho a Ortega cuántos billetes tenía, pero el hombre sí que le había dicho que fueron diez los que se perdieron en alguna parte... precisamente diez billetes, y ahora le estaba diciendo que él no podría recuperar pronto el valor de diez billetes, como dando por hecho que esos diez billetes podrían ser los mismos que podría comprarle a él.

Sin decir más, guardó el fajo de billetes que le entregó Ortega en el bolsillo interior de la chamarra, donde había estado el billete, y salió a la calle de Correo Mayor. Afuera el sol de mediodía caía sobre la acera con la indiferencia habitual. Contó el dinero recargado en una pared, en el primer portal que encontró. Cincuenta mil pesos. Los suficientes para pagar su deuda con la mujer prestamista, el INFONAVIT, la cuota de Dimas, el plomero y algo más. No era lo que el billete valía en el mercado correcto. Pero era dinero real, en efectivo, sin rastro.

Caminó de regreso al metro con esa mezcla de alivio y algo más oscuro que ya empezaba a reconocer como el sabor específico de lo que estaba haciendo.

Regresó a su casa ya en el carnal y le dijo a su mujer que había pedido un préstamo para pagar todo, pero que además había conseguido una chamba fija para pasear turistas en un hotel del centro de la ciudad. Se lo dijo para que Ethelvina le creyera que podría pagar el préstamo y que a partir de ese día, todo iría mejor en la casa.

El dinero funcionó. Ethelvina se alegró mucho y abrazó contenta a Procopio. Los niños tuvieron ropa nueva y zapatos nuevos y hasta cortinas nuevas pudieron poner en el modesto departamento donde vivían.

Procopio se sintió bien con lo que pasaba y pensó que eso era lo primero que había que considerar, porque era verdad y porque era importante: funcionó. El INFONAVIT quedó al corriente. La cuota de la escuela de Dimas se pagó antes de que llegara la segunda carta del director. Un plomero subió al departamento del piso de arriba, encontró la fuga detrás de un tubo mal sellado y la reparó en dos horas por un precio que Procopio pagó sin regatear. La señora del préstamo recibió su semana puntual, con intereses, lo cual significó que dejó de aparecer en los pensamientos de Procopio con la regularidad incómoda con que lo había estado haciendo.

Pero también debía considerar todo lo platicado con Ortega y debía pensar lo que le había dicho de la pérdida de 10 billetes de esos en una casa de esas de subastas. Había sido todo un tanto sencillo, pero tenía que irse con más cuidado con los demás billetes. Además ahora sabía que entre menos maltratara a los billetes más valdrían.

Durante los días que siguieron, Procopio observó cómo la casa respiraba de otra manera. Ethelvina cocinaba con más calma. Dimas llegaba de la escuela sin esa tensión de los niños que intuyen que algo en la economía doméstica no está bien. Salomé dejó de mirar el fregadero.

Pero el problema, si es que se le podía llamar problema a algo que funcionaba, era lo que el dinero le estaba haciendo a él por dentro mientras le arreglaba las cosas por fuera.

Hablaba menos. Eso lo notó Ethelvina antes de que él mismo lo notara.

—¿Estás bien? —le preguntó un jueves en la noche, mientras recogían la cocina después de cenar.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque llevas días sin decir casi nada. Comes, ves la tele, te duermes. Como si estuvieras en otro lado.

—Es el turno. Ando cansado.

—Siempre andas cansado y siempre hablas. Esto es diferente.

Procopio la miró un tanto dispuesto a contradecirla, pero antes que le dijera cualquier cosa Ethelvina siguió

—No me discutas lo que yo veo. —Lo dijo sin enojo, con esa manera suya de poner las cosas sobre la mesa sin hacer escándalo—. Llevo años viéndote llegar cansado y nunca te habías puesto así. Cerrado. Como si estuvieras pensando en algo que no quieres que yo sepa.

Procopio dobló el trapo de cocina y lo colgó en su lugar sin responder de inmediato. Luego dijo:

—No es nada, Ethelvina. Déjame.

Fue la primera vez que le decía déjame con ese tono. No era grosero exactamente, pero tampoco era el tono de siempre. Era un tono que ponía una distancia donde antes no había distancia, que cerraba una

puerta que entre ellos siempre había estado abierta. Ethelvina no dijo nada más esa noche. Procopio tampoco.

Fue Dimas quien hizo la pregunta que más pesó, aunque la hizo sin saber lo que pesaba.

Era un sábado en la mañana. Procopio estaba en la cocina tomando café antes de salir al turno y Dimas apareció con el hambre y la cara desordenada de los sábados, se sirvió cereal y se sentó frente a él.

—Oye, papá.

—¿Qué.

—¿De dónde sacaste para pagar todo lo del INFONAVIT y la gotera y eso?

Procopio tomó un sorbo de café.

—Es que ahora tengo una chamba de fijo con el taxi que me pagan bien, y cobré una lana que me debían de hace tiempo. Ya se lo dije a tu madre

—¿Y quién te debía?

—Un conocido. Ya cobré, ya no importa.

Dimas comió un par de cucharadas de cereal mirando la mesa.

—¿Y cómo es la chamba esa que dices?

—¿Por qué tantas preguntas?

—Es que oí que mi mamá también quería saber todo esto y yo quiero ayudarla para que sepa.

—¿Tu mamá te preguntó a ti?

—No. Al revés... yo le pregunté que de dónde habías sacado para pagar todo. Pero ella me dijo que no sabía bien y que mejor te preguntara

Procopio dejó la taza en la mesa.

—Pues ta' bien. No sabías porque no te había dicho. Y ahora ya te dije: una chamba con turistas que ahora tengo en un hotel del centro. ¿Está bien?

—Está bien —dijo Dimas, aunque con el tono de quien acepta una respuesta sin estar del todo convencido de que sea la respuesta completa.

Salió de la cocina y Procopio se quedó solo con el café frío y con algo que le pesaba en el pecho. No era la mentira en sí. Era la facilidad con que había salido. La misma fluidez que había tenido con el gemólogo cuando inventó el nombre de Gonzalo Anaya, la misma naturalidad con que le había dicho a Ethelvina que era el cansancio. Procopio siempre había sido un hombre de pocas palabras pero de palabras verdaderas. Ahora seguía siendo de pocas palabras, pero las palabras habían cambiado de naturaleza sin que nadie se lo hubiera pedido.

Esa tarde en el turno pasó frente a la calle de Correo Mayor y recordó la cara del señor Ortega diciéndole de uno en uno, y con tiempo, porque así nadie pregunta nada. Era un consejo práctico. Era también una complicidad. Y Procopio lo había aceptado sin discutirlo, como se aceptan las reglas de los mundos donde uno acaba de entrar sin haber planeado entrar.

Esa noche, ya tarde, Ethelvina estaba dormida cuando Procopio llegó. Se acostó en silencio y se quedó mirando el techo en la oscuridad. Ethelvina se movió a su lado, le puso una mano en el hombro con el gesto automático de quien hace eso desde hace muchos años, y siguió durmiendo.

Procopio no la movió. Se quedó quieto con esa mano en el hombro pensando que el hombre que Ethelvina tenía al lado no era exactamente el mismo hombre con que se había acostado todos los años anteriores. Era parecido. Casi igual en la superficie. Pero no era el mismo.

El otro no hubiera podido mentirle a su hijo sobre una chamba inventada sin que la voz le temblara. El otro no hubiera negociado en silencio con el señor Ortega con la tranquilidad de quien ya conoce las reglas del juego. El otro no se hubiera acostado contando billetes que no eran suyos con la misma naturalidad con que contaba el vuelto del turno.

Y lo peor, descubrió esa noche, era que esa diferencia no le dolía tanto como debería. Le dolía. Pero menos de lo que habría esperado. Y eso, más que cualquier billete que hubiera sacado del bolso, era la señal más clara de todo lo que había cambiado.

CAPÍTULO 8

El anillo

Volvió con el señor Ortega dos veces más en el transcurso de un mes.

La segunda visita fue más corta que la primera. Procopio llegó al local de Correo Mayor un martes por la mañana, antes del turno, con el segundo billete en el bolsillo interior de la chamarra y la historia de la tía Clarita lista por si acaso, aunque ya intuía que el señor Ortega no necesitaba historias. El hombre lo vio entrar, asintió como quien recibe a alguien que esperaba aunque no hubiera hecho una cita, y extendió la mano sin decir palabra.

Procopio puso el billete sobre el mostrador.

El señor Ortega lo examinó con la misma lupa de la vez anterior, con la misma parsimonia calculada, aunque esta vez el proceso duró menos. Ya conocía el tipo de pieza. Ya sabía lo que tenía enfrente.

—Este está mejor conservado que el anterior —dijo—. Sin dobleces.

—¿Cuánto?

—Cincuenta y cinco mil.

Procopio no regateó. Aceptó, recogió los billetes mexicanos sin contarlos frente al hombre, y se despidió con un hasta luego que el señor Ortega recibió con un simple movimiento de cabeza. En la puerta, sin voltearse, el viejo dijo:

—Dígale a su tía que cuide los que le quedan. Que no los doble, que no los exponga a la humedad, que los guarde en algo oscuro y seco.

—Se lo diré —dijo Procopio.

—Y que no se apure. Aquí seguimos.

La tercera visita fue diferente.

Para entonces habían pasado tres semanas desde la segunda, y Procopio había usado esos dos pagos del señor Ortega para mantener todo al corriente: la letra del carnal, el INFONAVIT, el gasto de la casa, un par de cosas que Ethelvina había pedido sin pedir, como quien menciona algo sin esperanza de que ocurra y que esta vez había ocurrido. La calma material seguía funcionando. Pero los billetes se acababan, y cuando se acabaran quedaría el anillo.

Llegó al local un viernes por la tarde, esta vez con el tercer billete, y encontró al señor Ortega atendiendo a otro cliente: un hombre de mediana edad, bien vestido, que examinaba unas monedas antiguas en una bandeja de terciopelo verde. Procopio esperó de pie junto a la puerta, mirando las vitrinas sin ver nada, escuchando sin querer la conversación entre los dos hombres sobre el valor de unas monedas de plata de la época del Porfiriato.

Cuando el cliente se fue, el señor Ortega lo miró.

—Siéntese —dijo, señalando una silla junto al mostrador que Procopio no había notado en las visitas anteriores.

Procopio se sentó. Era la primera vez que el señor Ortega lo invitaba a sentarse, y eso tenía un significado que no supo interpretar del todo pero que sintió como un cambio en la naturaleza de la relación entre ellos.

El señor Ortega tomó el tercer billete, lo examinó, lo dejó sobre el mostrador.

—Cincuenta y cinco mil, igual que el anterior.

—Bien.

El hombre no fue de inmediato a la caja. Se recostó en su silla y lo miró con esa expresión de los ojos entrecerrados que tenían algunos viejos cuando querían decir algo que no sabían si convenía decir.

—¿Cuántos le quedan?

Procopio dudó un segundo.

—Unos cuantos.

—¿Y la joya?

Procopio lo miró.

—¿Qué joya?

—La que tenía en otra foto de su celular el día que vino por primera vez. La vi de pasada porque corrí la foto como un movimiento sin pensar y apareció esa foto con la piedra verde. —El señor Ortega entrelazó los dedos sobre el mostrador—. Yo no compro joyas, ese no es mi negocio. Pero conozco a quien sí. Si cuando llegue el momento quiere una referencia, me lo dice.

Procopio no respondió de inmediato. La mención del anillo, dicha así, de manera casual y sin que él hubiera abierto el tema, le produjo algo parecido a lo que había sentido cuando el señor Ortega mencionó los diez billetes perdidos en la casa de subastas: la certeza de que ese hombre sabía más de lo que decía y decía exactamente lo que quería decir. Tal vez hasta decía lo que Procopio quería oír porque el hombre habría intuido que en sus manos un anillo con una piedra como esas, era como un Ferrari en manos de quien no sabe manejar.

—Mmmmh... se supone que no debiera haber visto mi celular sin permiso, pero en fin, ya vio la foto. No sé si mi tía también quiera vender su anillo, pero si llegado el caso así me lo pide, pues ya le diré —dijo Procopio.

El señor Ortega sonrió socarronamente pero sin exageración. Solo asintió, fue a la caja y contó los cincuenta y cinco mil pesos con la misma destreza de siempre. Procopio los recogió, se despidió y salió a la calle.

Esa tarde no fue al turno. Caminó un rato por el Centro sin rumbo, pensando en el anillo, en el señor Ortega, en que cuando llegue el momento había sonado en su propia boca como algo inevitable, como si la decisión ya estuviera tomada y solo faltara el momento.

Le quedaban siete billetes y el anillo.

Eso era lo que había debajo del fregadero una madrugada de martes, tres semanas después de la tercera visita al señor Ortega, cuando Procopio se levantó sin poder dormir y fue a la cocina sin encender ninguna luz.

No encendió el extractor esta vez. Se sentó en la oscuridad con el bolso sobre la mesa y lo abrió despacio. Sacó la cartera con los siete billetes que quedaban. Los contó sin necesidad de verlos, solo con los dedos, como quien cuenta rosario. Siete. Los devolvió a la cartera.

Luego sacó el estuche.

De terciopelo azul marino, con su bisagra y su cierre de presión. Lo sostuvo en la palma de la mano un momento antes de abrirlo. Era más liviano de lo que su valor hacía suponer, ese era siempre el efecto que le producía: la ligereza de algo que debería pesar más por todo lo que significaba.

Lo abrió.

El anillo sobre la almohada de raso blanco. El oro cálido apagado en la oscuridad, sin la luz del extractor que lo hacía brillar. La piedra verde que a esa hora, sin luz, era casi negra, solo una forma oscura engarzada en el aro ancho. Procopio lo tomó entre el pulgar y el índice y lo sostuvo frente a donde imaginaba que estaba la ventana, buscando algo de la luz de la calle que se colaba por las rendijas de la persiana. Un hilo delgado de luz anaranjada tocó la piedra y por un instante, solo un instante, el verde apareció desde adentro como si la piedra lo guardara para circunstancias como esa.

Llevaba semanas sin sacarlo. Desde la noche del primer billete, el anillo había permanecido en el estuche, en el bolso, debajo del fregadero, quieto e intacto mientras los billetes se convertían en las cosas que necesitaba para su casa y el pago de sus deudas, desde lo del INFONAVIT, la letra del carnal y en reparaciones de goteras, cortinas, en cuotas de la escuela de Dimas y en la chamba inventada que Procopio le había contado a su familia.

El anillo no había sido necesario todavía. Pero estaba ahí, esperando con esa paciencia que Procopio le había atribuido desde el principio, la paciencia de las cosas que saben que uno va a volver a ellas.

Pensó en compartirle a su mujer todo lo que sucedido. Pensó en decirle solo una parte conveniente. Pensó en decirle otra de sus mentiras. Pensó...pensó...pensó...

Pensó en la mujer del vestido verde.

Ya lo hacía menos que antes, o de manera diferente.

En los primeros días después de la noche del inventario, la había imaginado buscando el bolso desesperadamente, sufriendo por el anillo en particular, llamando a la base de taxis. Ahora ya no la imaginaba haciendo nada de eso.

La semana de espera después del hombre en la base, y luego el silencio que siguió, habían ido disolviendo esa imagen hasta dejarla en algo más difuso: una silueta de vestido verde que cruzaba una calle y desaparecía, igual que había desaparecido en Polanco aquella tarde.

Pero el anillo la traía de regreso.

No la silueta de vestido verde, sino algo más incómodo: la pregunta de quién había sido esa mujer realmente, qué historia tenía ese anillo antes de llegar al estuche de terciopelo azul marino, por qué alguien cargaba diez billetes de Grover Cleveland y una esmeralda de cinco quilates en una bolsa de mano en un taxi de la Ciudad de México.

De momento llegó a pensar en la relación que habría entre esa mujer de verde y la pérdida de los billetes que había mencionado Ortega. Había mencionado que se habían perdido en una casa de subastas no muy legal, había dicho, pero nunca mencionó el anillo. Se preguntó qué

relación tendrían los dos hechos. Pero como no atinaba a conjeturar nada plausible, simplemente dejó de considerarlo.

Procopio había construido durante semanas una dueña imaginaria: cuarenta y tantos años, mundo de los negocios, el anillo con historia sentimental, alguien que lo buscaba desesperadamente y que merecía encontrarlo.

Esa figura le había servido para algo durante las primeras semanas: le había dado un rostro a lo que había tomado, le había permitido medir su culpa frente a alguien concreto aunque fuera inventado. Pero esa construcción era suya, no tenía ninguna base real. La mujer real podía haber sido cualquier cosa. Podía haber sido lo que el señor Ortega había insinuado sin decirlo: alguien cuyo dinero y tal vez cuya joya no venían de lugares limpios, alguien que también se movía en la oscuridad de los mundos donde las cosas no tienen documentación ni rastro.

Podía haber sido alguien que tampoco lo merecía.

Eso no lo había pensado antes con esa claridad. Lo pensó ahora, en la oscuridad de la cocina, con el anillo entre los dedos. La mujer podía haber tenido el dinero y el anillo de maneras que no eran limpias, igual que él ahora los tenía de maneras que tampoco eran limpias, aunque se consolaba diciendo que él no había cometido ningún delito. Él solo había encontrado algo en su taxi que dejaron olvidado y que nunca lo reclamaron.

¿Quién podría culparlo por quedarse con algo que no podía saberse de quién era? Esa posibilidad no lo absolvía de nada en su conciencia. Pero cambiaba algo en la manera en que se veía a sí mismo dentro de la historia.

No era el único que había cruzado una línea.

Era solo el que todavía estaba vivo para saberlo.

Devolvió el anillo al estuche. Cerró el broche con el mismo cuidado de siempre. Lo sostuvo un momento más antes de meterlo de vuelta en el bolso.

El señor Ortega le había dicho que conocía a quien compraba joyas. Eso lo había dicho sin que Procopio se lo preguntara, que era la manera en que ese hombre decía las cosas importantes: sin que uno se las preguntara, en el momento preciso en que convenía decirlas.

Y entonces se decidió. Cuando llegase el momento había dicho Procopio, y el señor Ortega había asentido como si ya supiera cuándo sería ese momento aunque Procopio no lo supiera todavía.

Miró el bolso cerrado sobre la mesa.

Siete billetes y el anillo. Con los siete billetes, a cincuenta y cinco mil cada uno según el precio de la última visita, eran trescientos ochenta y cinco mil pesos. Con el anillo, si el gemólogo Pedraza tenía razón y valía

entre cincuenta y ciento cincuenta mil dólares solo la piedra, eran entre novecientos mil y dos millones setecientos mil pesos más.

En total, lo que quedaba en ese bolso podía valer entre un millón trescientos mil y tres millones cien mil pesos. Procopio había ganado en dieciséis años de taxi, descontando gastos, algo menos de dos millones de pesos. Todo ese tiempo, todo ese trabajo, todos esos turnos y todos esos pasajeros y todas esas letras y todas esas deudas, cabían dentro del margen inferior de lo que tenía debajo del fregadero.

Eso no lo hacía sentir bien. Pero tampoco lo hacía sentir como se supone que debería sentirse alguien en su situación.

Y eso era exactamente el problema.

Guardó el bolso debajo del fregadero, detrás de los productos de limpieza. Se quedó parado en la cocina un momento más, con las manos en los bolsillos del pantalón de pijama y los ojos abiertos en la nada.

En algún momento tendría que llamar al gemólogo Pedraza para hacer la cita con la pieza en mano. Tendría que llevar el anillo a ese segundo piso de la Zona Rosa y sentarse frente al hombre con la lupa y escuchar lo que dijera. Y después de eso, con la valoración oficial en la mano, tendría que hablar con el señor Ortega sobre esa referencia que había mencionado.

Pasos. Cada cosa tenía sus pasos. Eso lo había aprendido en dieciséis años de taxi: la ciudad no se recorre de golpe sino de cuadra en cuadra, de semáforo en semáforo, con paciencia y sin prisa y sin saltarse ninguna parte del camino porque saltarse una parte del camino siempre tiene consecuencias que aparecen más adelante cuando uno ya no puede regresar a remediarlas.

Regresó a la cama. Se acostó junto a Ethelvina que dormía de lado dándole la espalda. Le puso una mano en el hombro, no porque necesitara hacerlo sino porque era lo que hacía desde hace muchos años y esa noche, más que otras, necesitaba sentir que algo seguía siendo lo de siempre aunque nada lo fuera del todo.

El sueño no llegó rápido esa noche. Pero llegó.

CAPÍTULO 9

Lucidez

Procopio sabía que Ethelvina iba a preguntarle. No era cuestión de si iba a suceder sino de cuándo, porque Ethelvina era una mujer que observaba y acumulaba y esperaba el momento preciso, y ese momento estaba llegando. Lo notaba en la manera en que lo miraba cuando él no la estaba mirando, en las preguntas que no hacía todavía pero que ya estaban formadas detrás de los ojos.

Decidió adelantarse.

Lo eligió un miércoles en la noche, después de que los niños se durmieron, cuando la casa tenía ese silencio particular de las noches entre semana que era el silencio donde las conversaciones importantes podían ocurrir sin interrupciones. Ethelvina estaba en la sala doblando ropa con la televisión encendida sin volumen, como hacía cuando quería compañía pero no quería ruido. Procopio se sentó frente a ella.

—Ethelvina, te quiero decir algo.

Ella dejó la ropa sobre el sillón y lo miró con la atención completa de quien ha estado esperando exactamente eso.

—Dime.

—El dinero que ha entrado en las últimas semanas. La chamba del hotel que te dije.

—Sí.

—No es ninguna chamba del hotel. —Hizo una pausa—. Encontré algo en el taxi. Hace tiempo. Una bolsa que dejó olvidada una pasajera en Polanco. Dentro había unos billetes de dólares, de colección, de esos que ya no circulan. Los he estado cambiando con un señor que compra ese tipo de piezas.

Ethelvina no dijo nada durante un momento. Procopio esperó alguna reacción: sorpresa, reproche, la pregunta de por qué no lo había entregado. No llegó ninguna de esas cosas.

—¿Y nunca nadie fue a reclamarlos? —preguntó ella.

—Nunca. Ni en la base ni en ningún lado.

Ethelvina asintió despacio, con la expresión de quien está procesando algo que no le resulta del todo ajeno.

—Pues hiciste bien —dijo finalmente.

Procopio la miró.

—¿Cómo que hice bien?

—Hiciste bien en quedártelos. Si nadie fue a reclamarlos en todo este tiempo es porque o no los necesitan o porque ese dinero no era limpio y quien lo perdió no puede andar preguntando por él sin meterse en problemas. De cualquiera de las dos maneras, ese dinero ya no es de nadie más que tuyo...o más bien: “nuestro”.

Procopio no supo qué responder durante unos segundos. Había esperado tener que defender lo que había hecho, construir argumentos, aguantar preguntas incómodas. En cambio Ethelvina le estaba dando una absolución que él no había pedido y que no sabía si merecía o si quería.

—¿No me vas a decir que debí haberlos entregado?

—¿A quién? ¿A la policía? —Ethelvina lo miró con algo que no era exactamente ironía pero se le parecía—. Para que se los quedaran ellos y

nosotros siguiéramos igual. No, Procopio. Hiciste lo que cualquier persona con dos dedos de frente haría en tu lugar.

Eso lo perturbó más que cualquier reproche. La complicidad de Ethelvina no era la complicidad cómoda de alguien que aprueba lo que uno hizo: era la complicidad tranquila de alguien que ya había llegado a esa conclusión sola, antes de que él dijera nada, y que solo estaba esperando que él se pusiera al corriente.

—¿Puedo verlos? —preguntó ella.

—¿Cómo?

—Los billetes. ¿Puedo verlos?

Procopio fue a la cocina, sacó el bolso de debajo del fregadero. Antes de abrirlo sacó el estuche de terciopelo azul marino y lo metió en el bolsillo del pantalón, con cuidado, sin que el movimiento pudiera verse desde la sala. Luego sacó la cartera con los siete billetes que quedaban y la llevó a donde estaba Ethelvina.

Ella los tomó uno por uno, los examinó con esa atención práctica que ponía en todo, los miró al trasluz como había visto hacer en alguna película, y los devolvió ordenados.

—¿Cuántos tienes?

—Siete. Ya cambié tres.

—¿Y cuánto te dan por cada uno?

—Treinta mil pesos —dijo Procopio.

Ethelvina hizo el cálculo rápido.

—Son doscientos diez mil pesos los que quedan. Más lo que ya cambiaste. —Asintió—. Cámbialos todos, Procopio. No los dejes ahí guardados sin hacer nada. Con ese dinero podemos cambiarnos de casa, de colonia. Los niños merecen una escuela mejor, amigos distintos. Aquí ya no hay futuro para ellos.

—No es tan fácil cambiarlos —dijo Procopio—. El señor que me los compra los toma de uno en uno, con tiempo.

—Pues de uno en uno y con tiempo, pero cámbialos. —Lo miró—. Y no hagas tonterías, Procopio. No vayas a gastar ese dinero en cosas que no sirven. Primero la casa. Primero los niños.

Procopio asintió. Recogió los billetes, volvió a la cocina, los guardó en la cartera y la cartera en el bolso. Sacó el estuche del bolsillo del pantalón y lo devolvió a su lugar. Todo de nuevo debajo del fregadero.

Regresó a la sala. Ethelvina había vuelto a doblar ropa.

Procopio se sentó y la observó un momento sin decir nada, pensando que acababa de mentirle a su mujer mientras le decía la verdad, y que esa paradoja era exactamente el tipo de cosa que ya no le costaba tanto como antes.

Cuatro días después fue con el anillo al gemólogo Pedraza.

Llamó primero para hacer la cita, como le había indicado la primera vez. La secretaria le dio turno para el jueves a las once. Procopio llegó puntual, con el estuche de terciopelo azul marino en el bolsillo interior de la chamarra, cerca del pecho, donde sentía su peso exacto y su temperatura exacta durante todo el trayecto en el metro.

La sala de espera del local de la Zona Rosa estaba igual que la primera vez: pequeña, con sus vitrinas de piedras, con esa luz tamizada de los lugares donde se trabaja con cosas delicadas. El señor Pedraza lo hizo pasar puntual.

—Bienvenido. Así que al fin trajo la pieza.

—Sí, señor. Mi tía quiere venderlo pero primero quiere saber lo que vale

—Procopio sacó el estuche y lo puso sobre la mesa del gemólogo—. Este es el anillo de la foto que le mostré hace unas semanas.

El señor Pedraza abrió el estuche con cuidado, tomó el anillo con una pinza pequeña y lo colocó bajo la lupa iluminada de su mesa de trabajo. Lo examinó en silencio durante varios minutos, cambiando el ángulo, usando distintos instrumentos que Procopio no podía identificar, midiendo algo con un aparato pequeño que emitía una luz azul sobre la piedra.

Procopio esperó sin hablar, con las manos sobre las rodillas, observando la cara del gemólogo sin que la cara del gemólogo dijera nada.

Finalmente el señor Pedraza dejó el anillo sobre la mesa y se quitó los lentes de aumento.

—Bueno —dijo, con un tono que Procopio no supo leer de inmediato—. La piedra es una esmeralda natural, eso es confirmado. Colombiana, muy probablemente, por las características del color y las inclusiones. —Hizo una pausa—. Pero tiene más inclusiones de lo que la foto sugería. La claridad no es tan alta como pensé en un principio.

—¿Eso qué significa?

—Significa que el valor es menor de lo que le estimé cuando vino con la foto. En el mercado actual, con estas características, yo diría que la piedra puede valer alrededor de cien mil pesos. El aro de oro añade algo más, digamos unos quince mil. Total, ciento quince mil pesos, más o menos.

Procopio lo miró durante unos segundos sin responder.

Cien mil pesos. El señor Pedraza le había dicho en la primera visita, solo con la foto, que la piedra podía valer entre cincuenta mil y ciento cincuenta mil...pero dólares. Ahora, con la pieza en mano, le estaba diciendo ciento quince mil pesos. La diferencia entre las dos cifras no era una variación de mercado ni un ajuste técnico. Era un intento de engaño tan evidente que Procopio sintió algo que no esperaba sentir en ese

momento: no indignación, sino una calma nueva, la calma de quien ya ha aprendido a moverse en ese tipo de terreno.

—¿Tiene algún comprador en mente para esa cantidad? —preguntó Procopio, con la misma neutralidad del señor Ortega cuando hablaba de cosas que no quería nombrar directamente.

—Podría preguntar. Conozco a algunas personas que podrían interesarse.

—Le agradezco —dijo Procopio, recogiendo el anillo y devolviéndolo al estuche—. Pero creo que voy a buscar otra opinión antes de tomar cualquier decisión. Usted mismo me dijo que esta pieza podría valer eso que dice pero en dólares... o sea una quince o veinte veces más de lo que usted me dice, así que con todo respeto, prefiero explorar otras opciones.

El señor Pedraza abrió la boca para responder y Procopio vio en su cara el momento exacto en que el hombre calculaba si insistir o ceder.

—Mire, puedo volver a revisar los números. A veces en una primera valoración uno es conservador para no crear expectativas que luego no se cumplen. Déjeme hacer algunas consultas y le llamo esta semana.

—No se moleste. —Procopio se levantó y guardó el estuche en el bolsillo interior de la chamarra—. Si llega a tener información útil ya sabe dónde encontrarme. Pero no voy a esperar.

Salió del consultorio del señor Pedraza con el mismo paso tranquilo con que había salido del local del señor Ortega la primera vez: sin prisa, sin dar señales de lo que pensaba, con la información guardada en algún lugar donde pudiera encontrarla después.

En la calle, caminando hacia el metro, pensó en el señor Ortega y en la referencia que le había ofrecido. Esa era la siguiente parada.

Esa noche condujo de regreso a casa después del último viaje del turno sin pasajeros. La ciudad a esa hora era otra ciudad: menos hostil, más honesta consigo misma, con sus calles vacías y sus semáforos parpadeando en amarillo. En ese silencio móvil, sin nada que lo distrajera, algo se asentó en Procopio con una claridad que no había tenido en semanas.

No era un momento dramático. No había catarsis ni arrepentimiento de los que aparecen en las películas. Era algo más parecido a cuando amanece y uno ve los objetos tal como son, sin la misericordia de la penumbra.

Comprendió que la disyuntiva que enfrentaba no tenía que ver con el dinero, porque nunca se había tratado del dinero. Había sido la primera decisión, la más pequeña, la que tomó en el asiento trasero del carnal frente al bolso cerrado en Polanco: la decisión de no abrirlo ahí, de llevárselo, de darle tiempo al tiempo. Eso había sido todo. Una postergación. Un aplazamiento que se disfrazó de prudencia y que ahora reconocía por su nombre verdadero.

Todo lo que vino después, los billetes, el señor Ortega, la historia de la tía Clarita, el nombre inventado de Gonzalo Anaya, las mentiras a Ethelvina y a Dimas, la media verdad de esa noche en la sala, el anillo todavía en el bolsillo porque Ethelvina no sabía que existía, todo eso había sido consecuencia de ese primer momento. De esa primera concesión cuando nadie miraba.

Y nadie lo miraba. Y eso, entendió ahora conduciéndose solo por la ciudad de madrugada, no cambiaba nada. Nunca había cambiado nada. El hecho de que no hubiera testigos no hacía que la decisión fuera diferente. Solo la hacía más suya.

Eso era lo que había aprendido. No era que lo que había hecho estuviera bien o mal, porque eso ya lo sabía desde el principio y de todas maneras lo había hecho. Lo que había aprendido era que la integridad no se pierde en un gesto grande sino en el primero que parece inocente. En el aplazamiento. En el solo por hoy que se dice uno mismo en la cocina a medianoche cuando nadie puede escucharlo.

Con ese peso en la conciencia vio en el recorrido la iglesia de la colonia Narvarte y quiso pasar a pensar solito, en calma, en silencio. Entró y se maravilló con la inmensidad del enorme ruido del silencio hasta que los oídos le zumbaron por un ambiente que tenía muchísimo tiempo que no percibía con todos sus sentidos. Se sentó en una banca. La nave principal solo tenía dos o tres personas muy adelante hincadas y rezando. Vio en uno de los gabinetes a uno de los sacerdotes del templo que recibía en confesión a una mujer que hincada a un lado del gabinete se persignaba en silencio.

Sin pensarlo mucho se acercó al gabinete al no ver a nadie más esperando e hincándose donde había estado la mujer, se persignó

—Señor cura ¿puedo hablar con usted? —le dijo con rapidez

—Claro hijo. Dime tus pecados.

—No es confesión señor. Quiero preguntarle algo que me tiene inquieto.

—le dijo simplemente

—Está bien. Tu dirás

—Mire...soy taxista. Hace un tiempo encontré una bolsa en el asiento de atrás que alguien dejó olvidado. Cuando lo revisé para buscar dirección o credenciales para saber de quién era no encontré nada. Estuve esperando a ver si alguien lo reclamaba en la base de taxi donde trabajo y después de dos meses nadie ha preguntado... usted ¿qué me aconseja hacer en este caso?

—¿Tenía algo de valor esa bolsa hijo? —le preguntó el sacerdote sin mucho interés aún.

—Si tenía unos billetes y un anillo

—Y dices que ¿no tenía ninguna identificación ni credenciales, ni dirección ni nada?

—Así es señor cura. Le aseguro que no tenía nada. Así no puedo saber a quien llamar para regresársela. Y le confieso que pensé llevarla con la policía pero luego me arrepentí porque lo primero que pensé es que ellos estarían en las mismas que yo sin saber a quien pertenece...y también le confieso que lo primero que pensé es que...pues que se lo iban a quedar ellos ahí.

El cura solo sonrió de buena gana y le dijo:

—Pues mira que no estás tan equivocado lamentablemente hijo mío. La policía en estos tiempos no son un ejemplo de honestidad precisamente... ¿pero entonces que hiciste?

—Pues no he hecho nada... tengo todavía la bolsa y mi mujer me dice que debemos quedarnos con ella al no saber de quién es... ¿Usted que me aconseja?

—Pues mira hijo... tu mujer tiene razón. Si nadie la ha reclamado y si no tenía esa dichosa bolsa ningún documento que te permitiera saber de quién es, pues entonces cae en la denominación de “bien mostrenco”...

—Y...¿eso que es?

—Pues algo que se puede decir legalmente que “no tiene dueño”... aunque la ley dice que debe entregarse a las autoridades y que estas deben publicar que está disponible en algún sitio para que si alguien lo reclama puedan entregárselos después de haber cubierto los gastos de cuidado... pero eso hijo mío... solo es en teoría, pues pensando con ayuda Dios, en la realidad, si un bien olvidado tu no pudiste devolverlo porque no hay manera de localizar a su legítimo dueño, la policía tampoco podrá devolverlo a su legítimo dueño, que a veces ni siquiera puede probar que lo es... porque pensemos mal... —el cura calló un momento y continuó— si alguien viera la publicación de la autoridad y quisiera pasarse de listo, iría con ellos y les diría que perdió esa bolsa, y cuando le pidieran declarar el contenido, ¿quién nos puede asegurar que...? la autoridad acepte su versión como buena, o que finalmente se hagan tontos y terminen declarando un bien mostrenco sin reclamo y entonces se lo queden ellos. Porque los bienes mostrencos deben pasar a subasta pública y lo obtenido debe incorporarse a los activos de la Beneficencia Pública. Pero eso, según mi real entender, no sucede desgraciadamente en nuestro México.

El sacerdote calló nuevamente y sonriendo le preguntó a Procopio:

—Dime hijo...¿había mucho dinero en la bolsa? ¿el anillo era algo de gran valor?

Cuando escuchó todo lo que el cura le dijo, y al terminar con estas preguntas, Procopio ya sabía lo que tenía que hacer y haciendo a un lado los gritos previos de su conciencia, le mintió al cura diciéndole.

—Pues no padre... solo eran unos cuantos billetes de cien pesos y un anillo de acero que no creo que fuera de gran valor.

—Pues ahí tiene la respuesta hijo... Por eso nadie lo reclamó ni se molestaron en hacerlo. Yo te diría que ya no le busques y que te quedes con ese dinerillo y lo uses para cosas de tu casa como dice tu mujer.

Procopio le agradeció al cura y le dijo que seguiría su consejo, ahora ya con la conciencia tranquila porque eso era lo que le preocupaba.

—Ve con Dios hijo. Y que aproveche ese dinerillo extra que cayó del cielo.

Salió de la iglesia sintiéndose un poco más ligero y con mejor ánimo. Sabía que había mentido en la cantidad de dinero que estaba en la bolsa, pero también sabía que al margen de ese “detallito”, todo lo que le había dicho el cura era totalmente cierto. Si él no se quedaba con lo que había en el bolso, la policía se quedaría con todo.

Llegó a la colonia, estacionó el carnal, subió las escaleras.

La casa estaba en silencio. Ethelvina dormía. Los niños dormían.

Procopio se sentó un momento en la cocina sin encender ninguna luz, con el estuche de terciopelo azul marino en el bolsillo de la chamarra y los siete billetes de Grover Cleveland debajo del fregadero, y supo con la misma claridad fría de la madrugada lo que iba a hacer a continuación.

Iba a llamar al señor Ortega. Iba a pedirle esa referencia que le había prometido. Iba a terminar lo que había empezado esa noche en Polanco cuando decidió no abrir una bolsa ajena frente a todos y esperar a la oscuridad para hacerlo.

No porque fuera lo correcto. Sino porque ya era lo único que quedaba.

CAPÍTULO 10

Lo que queda

Llegó al local de Correo Mayor un jueves por la mañana con los siete billetes en el bolsillo interior izquierdo de la chamarra y el anillo en su estuche de terciopelo azul marino en el bolsillo interior derecho. Era la primera vez que traía las dos cosas al mismo tiempo, y el peso combinado, asimétrico pero familiar, lo había acompañado durante todo el trayecto en su carnal con esa conciencia específica de quien lleva encima algo que ese día va a cambiar de manos, aunque todavía no supiera exactamente cómo.

El local estaba ocupado cuando llegó. El señor Ortega estaba al teléfono, de espaldas a la puerta, con la postura de quien lleva rato en una conversación que no quiso interrumpir. Por lo mismo no vio que era Procopio que se quedó de pie junto a la vitrina.

Fue entonces cuando escuchó.

No lo intentó. No se acercó deliberadamente. El local era pequeño y el señor Ortega hablaba con la naturalidad de quien no espera audiencia, y las palabras llegaron solas, claras, sin ambigüedad posible.

—No, el de mil con Cleveland... sí, ese... noventa el ejemplar, ya le dije... los tengo de a tres por el momento pero esperamos más... sí, el mismo proveedor... no, limpio, sin preguntas...

Procopio dejó de mirar la vitrina.

Noventa mil pesos por ejemplar. El señor Ortega le compraba cada billete a cincuenta y cinco mil y los revendía a noventa. Una ganancia de treinta y cinco mil pesos por pieza. Multiplicada por los tres que ya le había vendido: ciento cinco mil pesos de diferencia entre lo que él había recibido y lo que Ortega había cobrado. Y si vendía los siete que traía al mismo precio anterior, el viejo se embolsaría doscientos cuarenta y cinco mil pesos adicionales sobre su inversión.

Procopio decidió salir del local de Ortega para pensar mejor como manejaría la información que acababa de oír de la conversación de Ortega con la otra persona. Primero se recargó en la pared fuera del local y se quedó quieto varios minutos procesando. La gente pasaba sin saber nada ni importarle nada.

Noventa mil por billete. ¿Podría encontrar otro comprador que le pagara más? Teóricamente sí. En la práctica, sin la red del señor Ortega, sin saber a quién llamar, lo más probable era encontrar a alguien que ofreciera menos, o alguien que hiciera las preguntas que el señor Ortega nunca hacía.

Pero la información que tenía ahora cambiaba las condiciones. Eso sí lo podía aprovechar. Se fue al café de la esquina y se sentó tranquilamente. Cuando hubo tomado la decisión que creyó correcta se levantó y volvió al local de Ortega.

El cambista lo recibió con la misma expresión de siempre.

—Buenos días. ¿Qué lo trae por aquí hoy?

El señor Ortega ya lo esperaba desde hacía unos días y lo miró sin mover un solo músculo, con la paciencia de los viejos que han visto a mucha gente entrar y salir con distintos estados de ánimo.

—Disculpe —dijo Procopio, sentándose en la silla junto al mostrador—. Hay otro cambista que me ofreció setenta mil pesos por cada billete.

El señor Ortega no parpadeó. Lo miró con esa expresión de los ojos entrecerrados que Procopio ya conocía bien.

—¿Y por qué no fue mejor con él? —le dijo Ortega ladinamente

—Porque prefiero seguir con quien ya conozco. Pero si usted puede acercarse a ese número, mejor para los dos.

El señor Ortega se recostó en su silla y entrelazó los dedos sobre el mostrador. Hizo silencio durante unos segundos que Procopio aguantó sin moverse.

—Sesenta mil —dijo finalmente—. Y eso solamente si me trae de una vez todos los que le quedan. Sin ir de uno en uno.

—Los traigo hoy —dijo Procopio—. Los tengo aquí.

El señor Ortega levantó una ceja apenas perceptiblemente.

—¿Hoy?

—Hoy. Siete billetes a sesenta mil cada uno son cuatrocientos veinte mil pesos. Si está de acuerdo, cerramos ahora mismo.

El señor Ortega lo miró un momento con esa expresión de reconocimiento que Procopio ya había aprendido a identificar: el taxista de la tía Clarita seguía evolucionando.

—De acuerdo —dijo.

Procopio sacó la cartera del bolsillo interior izquierdo y la puso sobre el mostrador. El señor Ortega examinó los siete billetes uno por uno con su lupa y su destreza de siempre, los separó según el estado de conservación, tomó notas en una libretita y cuando terminó fue a la caja. Contó los billetes mexicanos en fajos ordenados, los metió en un maletín de tela y lo deslizó sobre el mostrador hacia Procopio.

—Cuatrocientos veinte mil pesos. Puede contarlos.

Procopio abrió el maletín. Los fajos estaban ordenados con ligas del mismo color. Los contó sin apresurarse, con la calma que le había enseñado el propio señor Ortega sin proponérselo: sin vergüenza, sin prisa, como quien verifica lo que es suyo.

Cuatrocientos veinte mil pesos. Exacto.

Cerró el maletín y lo puso sobre sus rodillas.

—Y ahora —dijo Procopio mirando como Ortega estaba recostándose de nuevo en su silla—, el asunto de la joya. También se la traje hoy.

—Ah...la joya —dijo Ortega—. Pero para verla necesito que mi contacto esté presente. Yo no soy experto en gemas y no haré ningún trato si no la muestro al posible comprador primero, pero como esa persona no está disponible hoy. Lo cito para mañana si usted me deja el anillo hoy para que él lo examine antes y tengamos una cifra lista cuando venga. Así no perdemos tiempo.

—No puedo dejar el anillo —dijo Procopio.

—¿Por qué no?

—Porque no es mío para dejarlo. Mi tía no me autorizó a dejarlo en ningún lado. Si su contacto quiere verlo, que venga cuando yo esté presente. Lo ve, hacemos el trato, y listo.

El señor Ortega lo miró durante un momento. Luego asintió con esa leve sonrisa que no llegaba a ser sonrisa completa.

—Mañana a las once. Venga con el anillo. Mi contacto estará aquí.

—A las once —confirmó Procopio.

Se levantó, tomó el maletín con los cuatrocientos veinte mil pesos y se despidió con un movimiento de cabeza. En la calle, caminando hacia el

metro, pensó que había obtenido cinco mil pesos más por billete usando una mentira que el señor Ortega había reconocido como mentira sin inmutarse, y que había defendido el anillo sin dar ninguna explicación que el señor Ortega no hubiera ya entendido por su cuenta.

Ese era el mundo en que había entrado. Y lo conocía cada vez mejor.

Al día siguiente llegó al local de Correo Mayor a las once en punto.

Esta vez traía solo el anillo en el bolsillo interior de la chamarra. Los billetes ya no existían, convertidos desde el día anterior en cuatrocientos veinte mil pesos que esperaban en su cajón de herramientas de su casa mientras él decidía qué hacer con ellos.

El señor Ortega lo recibió en pie.

—Buenos días. Siéntese. Mi contacto ya está aquí.

Procopio entró al local y vio a un hombre sentado en una silla junto al mostrador, de espaldas a la puerta, inclinado sobre algo que examinaba. Cuando el hombre se volvió, Procopio sintió algo moverse en su interior aunque no lo mostró en la cara.

Era el señor Pedraza. El gemólogo de la Zona Rosa.

Los dos hombres se miraron durante un segundo que duró más de lo que debería durar un segundo. El señor Pedraza no mostró sorpresa. El señor Ortega no mostró nada. Procopio tampoco, aunque por dentro estaba reordenando las piezas del tablero con rapidez.

—Se conocen —dijo el señor Ortega. No era una pregunta.

—Nos hemos visto —dijo Procopio, sentándose.

El señor Pedraza asintió con una cordialidad que no tenía nada de cordial.

—Señor Procopio. Qué gusto volver a verlo.

Procopio sacó el estuche del bolsillo interior de la chamarra y lo puso sobre el mostrador sin decir nada. El señor Pedraza lo abrió, tomó el anillo con su pinza y lo colocó bajo la lupa que sacó de su maletín de cuero. El mismo ritual de la primera vez, en el mismo silencio profesional. Pero esta vez el silencio tenía una textura diferente, más densa, como el silencio de las habitaciones donde se va a decir algo importante y todos los presentes ya lo saben.

Cuando terminó, el señor Pedraza dejó el anillo sobre el mostrador y miró a Procopio directamente.

—Señor Procopio —dijo, usando su nombre sin que nadie se lo hubiera dado en esta visita—, esta pieza pertenecía a una subasta privada que se realizó hace algunos meses. Fue sustraída en forma ilegal de esa subasta.

Procopio no dijo nada.

—No estoy insinuando que usted la sustrajo. Dudo mucho que sea el tipo de persona que frecuenta ese tipo de eventos. Lo que creo es que usted encontró esta pieza junto con otros bienes que también fueron sustraídos esa noche, bienes que no me interesan. Esta pieza sí.

—¿Y qué propone? —dijo Procopio, con una voz que salió más firme de lo que esperaba.

—La pieza vale mucho más de lo que le dije en mi local. Eso ya lo sabe usted. Pero también sabe que jamás podrá venderla por ese valor porque está demasiado caliente. Cualquier casa de subastas sería la rechazaría. Cualquier comprador con recursos preguntaría por el origen. Nadie que pueda pagarla bien se arriesgaría sin documentación. —El señor Pedraza entrelazó las manos sobre el maletín—. Yo tengo un comprador que la acepta sin documentos. Le ofrezco en este momento ciento cincuenta mil pesos en efectivo. Piénselo...los puede tener ahora mismo y sin preguntas.

Procopio miró el anillo sobre el mostrador. La piedra verde captando la luz del local con la misma serenidad de siempre, ajena a todo lo que se decía a su alrededor.

—Usted mismo me dijo que podía valer entre cincuenta y ciento cincuenta mil dólares —dijo Procopio—. No pesos. Dólares. Y ahora me ofrece ciento cincuenta mil pesos.

—En circunstancias normales, sí. Pero estas no son circunstancias normales, como ambos sabemos. —El señor Pedraza sonrió con una calma que no tenía nada de calma—. Lo que también debe considerar es que ahora ya se sabe que usted tiene el anillo. Y eso, en las circunstancias que le he descrito, no le conviene. A nadie. Especialmente a usted.

—¿Debo tomar eso como una amenaza?

—Solo le estoy describiendo una realidad. —El señor Pedraza abrió las manos con un gesto de razonabilidad—. Ya sabe dónde trabajo, señor Procopio. Y yo ya sé que usted tiene la joya. Una joya que ya no debe estar en sus manos porque puede quemárselas.

Procopio miró al señor Ortega, que estudiaba algo en el mostrador con una concentración claramente fingida. Hizo el cálculo. No el del valor del anillo sino el otro: el de lo que costaba seguir discutiendo, lo que podía perder si la conversación tomaba un rumbo diferente, lo que valdría la vida que le esperaba si salía de ese local sin el anillo y sin problemas nuevos.

—Ciento cincuenta mil pesos —repitió Procopio, midiendo cada palabra—. En efectivo. Ahora mismo.

—Ahora mismo —confirmó el señor Pedraza.

—¿Podrían ser doscientos mil?

—Podrían... pero no lo serán. Le estoy ofreciendo solo ciento cincuenta mil pesos y de usted depende que se los lleve o no.

—Podrían ser ciento setenta y cinco mil?

Pedraza se quedó pensando durante unos cinco segundos. Abrió su maletín y contó ciento sesenta mil pesos en billetes mexicanos con la misma destreza que el señor Ortega contaba los suyos, y los puso sobre el mostrador.

—Ciento sesenta mil pesos. ¿los toma o los deja?

—Trato hecho —dijo Procopio simplemente

Los recogió, los metió en una bolsa de papel de estraza que sacó como mago de su chamarra y se levantó.

El señor Ortega le extendió la mano. Procopio se la estrechó sin apresurarse. El señor Pedraza también extendió la mano y Procopio se la estrechó mirándolo a los ojos, sin apartar la vista, con la calma del hombre que acaba de entender exactamente en qué tipo de mundo ha estado moviéndose todo este tiempo y que ya no le sorprende nada de lo que ese mundo es capaz de hacer.

—Que le vaya bien, señor Procopio —dijo el señor Pedraza.

—Igualmente, señor Pedraza —dijo Procopio.

Salió del local de Correo Mayor con la bolsa de papel en la mano y ciento sesenta mil pesos adentro, caminando hacia el metro con el paso parejo de quien ha terminado un trámite largo y no tiene ninguna prisa particular. Afuera el sol de mediodía caía sobre la acera de Correo Mayor con la indiferencia de siempre.

Ninguno de los dos hombres sabía su nombre completo. Ninguno de los dos hombres sabía dónde vivía. Ninguno de los dos hombres sabía dónde trabajaba y por lo mismo...ninguno de los dos hombres podría localizarlo después para ninguna maldita cosa.

Contó mentalmente mientras caminaba. Cuatrocientos veinte mil pesos de los siete billetes. Ciento sesenta mil del anillo. Quinientos ochenta mil en total. Eso, sumado a los ciento sesenta mil de los tres primeros billetes que había cambiado antes, eran setecientos cuarenta mil pesos que habían salido de aquél bolso que dejara la dama de verde en el carnal.

Llegó hasta su carro. Se subió, cerro las ventanillas y arrancó hacia su departamento para ver a su familia.

Procopio guardó silencio durante todo el viaje, pensando en Ethelvina, en Dimas y en Salomé. Por supuesto que pasó por su cabeza la casa nueva que les esperaba en alguna colonia donde los niños tuvieran mejores amigos y una escuela más adecuada para su educación.

No pensó más en la mujer del vestido verde. Por primera vez en mucho tiempo, no volvió a pensar en ella...y ya nunca más lo haría.

EPÍLOGO

La conciencia no prescribe

Lo que Procopio ya no supo, ni tendría manera de saber nunca, es que el señor Ortega vendió los diez billetes de Grover Cleveland a un comprador norteamericano llamado Steven Jones que pagó noventa mil pesos por cada uno. Ortega había pagado en total a Procopio quinientos ochenta mil pesos por los diez billetes, y los había revendido a Jones en novecientos mil. Una ganancia de trescientos veinte mil pesos por el simple hecho de conocer a las personas correctas y saber cuándo llamarlas.

Procopio, por su parte, había sacado en total setecientos cuarenta mil pesos contando los billetes y el anillo: lo suficiente para cambiarse de colonia, para que los niños tuvieran una escuela mejor, para que Ethelvina dejara de mirar el teléfono cuando sonaba esperando malas noticias. Ortega había ganado trescientos veinte mil pesos solo de coyotaje, sin haber encontrado nada ni arriesgado nada más que su reputación entre gente que tampoco preguntaba demasiado.

Pero lo que Steven Jones hizo cuando llegó a Chicago fue lo que ninguno de los dos hubiera podido imaginar desde una cocina de colonia popular o desde un local de Correo Mayor. Jones llevó los diez billetes a un subastador privado de su conocimiento que los puso frente al magnate Ebenezer McPherson, coleccionista de numismática con una colección privada valuada en más de doscientos millones de dólares. McPherson compró en un millón de dólares la colección completa, sin regatear, con la naturalidad de quien compra algo que sabe que vale porque él quiere que eso valga y que sabe que fue una oportunidad aprovechada.

Un millón de dólares era, al tipo de cambio del día, más de dieciséis millones de pesos de ganancia neta. Steven Jones se embolsó la diferencia entre los novecientos mil pesos que había pagado y los diez y siete millones y fracción que había cobrado, y nadie le preguntó nada porque en ese nivel del mercado las preguntas no se hacen.

El mismo fenómeno, en escala distinta, ocurrió con el anillo.

El señor Pedraza, quien le había pagado ciento sesenta mil pesos a Procopio esa mañana en el local del señor Ortega, lo vendió ese mismo día al dueño de la casa de subastas clandestina de donde la mujer del vestido verde lo había sustraído meses atrás, por medio millón de pesos.

El dueño de la casa de subastas lo reintrodujo discretamente en su catálogo nuevamente y en menos de una semana lo vendió a un coleccionista italiano de paso por la ciudad que pagó cinco millones de pesos por la pieza sin preguntar nada, porque los coleccionistas que tienen dinero real no preguntan nada que no quieran saber.

La esmeralda colombiana de cinco quilates con su aro de oro antiguo de 18 kilates terminó en Florencia, en una vitrina privada, sin historia oficial, sin rastro, perfectamente invisible para cualquier autoridad de cualquier país.

Los que ganan son los que tasan. Los que coleccionan no tienen reparo en pagar los valores agregados que tienen estos bienes. Y los que encuentran las cosas son siempre el primer eslabón, el más barato, el más prescindible.

Procopio no supo nada de eso. Y aunque lo hubiera sabido, ya no estaba seguro de que le hubiera importado demasiado.

Semanas después, en un turno cualquiera, un pasajero subió en la Roma y pidió que lo llevaran a Tlatelolco. Durante el trayecto habló por teléfono, se rio de algo, bajó con prisa y se despidió con un gracias rápido sin voltear.

Procopio esperó que el semáforo de enfrente cambiara. Fue entonces cuando vio el objeto en el asiento trasero: una bufanda, doblada, de lana café, sin ningún valor aparente más allá del que tuviera para quien la había olvidado.

La tomó. La sostuvo un momento.

Todo lo que había vivido desde aquella tarde en Polanco pasó por él en ese instante sin imágenes, sin secuencia, solo como peso. La bolsa oscura en el espejo retrovisor. La noche del extractor y los billetes en fila sobre la mesa. El solo por hoy que se había convertido en todo lo demás. El señor Ortega y su parsimonia calculada. El señor Pedraza y su amenaza cordial. Ethelvina que había dicho hiciste bien con la misma naturalidad con que decía cualquier otra verdad. Dimas que había aceptado la historia del fleteo sin estar del todo convencido. Salomé que había dejado de mirar el fregadero.

El pasajero ya se perdía entre la gente de la banqueta de Tlatelolco.

Lo que Procopio hizo a continuación la novela no lo juzga. Lo que sí muestra es que Procopio sabía exactamente lo que estaba haciendo, cualquier cosa que hiciera. Antes no siempre lo sabía. Ahora sí. Y esa diferencia, que para algunos lectores será una forma de condena y para otros una forma de aprendizaje, es todo lo que esta historia tiene para ofrecer. No hay castigo ejemplar ni redención limpia. Solo la resonancia incómoda de quien descubrió que el juicio más difícil no viene de la ley ni de los otros, sino de la propia mirada que uno no puede eludir.

Desde esa tarde en Polanco, Procopio jamás volvió a pensar en devolver nada a los pasajeros que olvidaran objetos dentro del carnal. Con credenciales o sin ellas. Con nombre o sin nombre. No importaba.

La última escena ocurrió una mañana de martes, en la Condesa. Un joven estudiante subió con mochila y audífonos, pidió ir a CU, habló

poco, pagó con tarjeta y bajó con la prisa habitual de los estudiantes que siempre llegan tarde a algún lado.

Procopio arrancó. A media cuadra notó la cartera en el asiento trasero: negra, de cuero sintético, entreabierta.

Sin mirar qué había adentro, sin detenerse a leer ningún nombre, sin hacer ningún cálculo, sacó las credenciales que asomaban por el zipper y las tiró por la ventanilla.

Luego abrió la cartera y contó lo que quedaba.

Ciento cincuenta pesos.

Los guardó en su bolsillo. Siguió manejando.

Ya no le importaba si lo que encontraba valía millones o valía unos cuantos pesos. Ya no construía justificaciones ni esperaba señales ni consultaba curas ni medía el tamaño de su culpa frente a figuras imaginadas. Todos los bienes olvidados eran bienes mostrencos. Esa era la regla nueva. Simple, limpia, sin excepciones ni matices ni plazos de gracia.

La conciencia no prescribe. Pero sí se acostumbra.

Y esa, al final, fue la única verdad que Procopio Bermejo se llevó de todo lo que le había ocurrido desde aquella tarde en Polanco cuando una sombra de vestido verde bajó de su carnal sin pagar ochenta y cinco pesos y sin llevarse su bolso.